

DIOS EN LA LITERATURA ASIÁTICA: ¿COMPASION O CONFESION?

Fernando Guillén Preckler Sch.p.

Releyendo a los clásicos del continente:
Silencio de Shusaku Endo*

Shusaku Endo (1923 – 1996) es sin duda uno de los grandes escritores japoneses contemporáneos. Pasó su infancia en Manchuria, territorio chino ocupado por los japoneses. Volvió a Japón con su madre, a raíz de su separación conyugal. En 1934 se bautizó en la Iglesia católica. Más tarde se graduó en literatura francesa en la célebre universidad de Keio (Tokio), obteniendo una beca para ampliar sus estudios en Lyon, donde pasó dos años y medio. Sus experiencias de este período quedaron reflejadas en su novela *Shiroi Hito* (“El hombre blanco”). Los principales títulos traducidos al inglés son: *Maravilloso loco*, *El país dorado*, *Volcán*, *Cuando silbo*, *Una vida de Jesús*, *Samurai* y *Silencio*, probablemente su mejor obra¹.

En efecto, desde su publicación en 1966, *Silencio* levantó una enorme polémica ideológica y religiosa². Su traductor inglés, el jesuita William Johnston, compara Endo con Graham Greene. Nosotros intentaremos una aproximación entre *Silencio* y *El poder y la gloria* del conocido escritor británico, al final de nuestras reflexiones sobre la obra.

¿Por qué motivo levantó tanta polvareda la novela de Endo? Porque se trata de la lenta e implacable descripción de la apostasía de un jesuita portugués, llegado clandestinamente a Japón, en lo más recio de la persecución antirreligiosa, con ardientes deseos de sostener la naciente comunidad cristiana.

1º Marco histórico

El lector occidental necesita ciertas informaciones históricas para acercarse a la comprensión del intenso drama religioso de *Silencio*. De hecho su autor se muestra buen conocedor de las diferentes etapas de la evangelización de su país.

Los primeros barcos portugueses llegaron a Japón en 1643. Francisco Javier desembarcó en 1549. Los japoneses llamaron a la nueva religión *kirishitanshu* (cristianismo) y también *tenshukyo* (religión el Padre celestial). El país se hallaba al final del período Muromachi y el general Oda Nobunaga, verdadero dueño del país, accedió a la propagación de esa fe³.

Su sucesor, Hideyoshi, cambió radicalmente de política en 1587, pero su decreto de expulsión de los misioneros no surtió efecto, y el cristianismo siguió creciendo⁴. Sin

* Traducción inglesa por William Johnston, Kodansha International, Tokyo, Nueva York y Londres, 1982, 306 p.

¹ Traducción española de Jaime Fernández y José Miguel Vara, Madrid, PPC, 1976, reeditada por Edhasa, Barcelona, 1988. (Martín Scorsese ha anunciado un film sobre esta novela).

² En ambiente español ver: PACHECO D., “El sacerdote caído en la obra de Shusaku Endo” en *Razón y Fe*, 831 (1967), 371-394.

³ El Japón, cuya religión tradicional es el inmemorial shintoísmo, había ya para entonces abundantemente asimilado el budismo desde el período Nara (siglo VII), traído desde Corea y China.

⁴ Unos 200.000 cristianos hacia 1591.

embargo, en 1597, cambió de nuevo de parecer⁵ y ordenó la inmediata ejecución de 26 fieles, europeos y japoneses, que fueron crucificados en el mes de febrero en Nagasaki⁶.

Durante el nuevo período de la historia japonesa – Edo (Tokugawa): 1603-1867 – Ieyasu derrotó a Hideyoshi, estableció su capital en Edo (Tokio) y con él empezó el largo período del feudalismo japonés, existiendo 270 *daimyo*, o señores feudales. En 1614, Ieyasu renovó el edicto de expulsión, cuando los cristianos eran ya unos 300.000 en una población de 20 millones de habitantes aproximadamente.

El tercer príncipe Tokugawa, Iemitsu, recrudesció la persecución, con refinadas torturas. Los comerciantes holandeses e ingleses, ahora admitidos en el país, han dejado espeluznantes descripciones de esos martirios⁷.

A pesar de todo, hasta 1632, ningún misionero había apostatado. Pero en 1633 ocurrió un hecho catastrófico para la heroica misión japonesa: el Padre Cristóbal Ferreira, provincial de los jesuitas y antiguo profesor de teología en Campolide (Portugal), después de seis horas de agonía en la terrible tortura del “agujero”, renegó de la fe, pisoteando la imagen de Jesús y María, reproducida en una placa de bronce, llamada *fumie* en japonés.

Algo más tarde, en el invierno de 1637 sucedió el levantamiento de Shimabara, siempre en la región de Nagasaki, en la isla de Kyushu. En primavera la rebelión fue totalmente aplastada y el regente prohibió de forma estrictísima cualquier forma de pertenencia al cristianismo y cerró totalmente el país a los portugueses (1639).

Sin embargo, un grupo de jesuitas logró introducirse clandestinamente en el país hacia 1643. Al cabo de no mucho tiempo fueron descubiertos y torturados. Alguno de ellos acabó apostatando⁸.

La comunidad cristiana continuó existiendo en la más estricta clandestinidad, hasta la llegada de nuevos misioneros católicos, esta vez de las Misiones Extranjeras de París, a partir de la restauración imperial realizada en el período Meiji (1868-1912).

La obra de Endo se inserta en el período de la persecución de estos misioneros jesuitas clandestinos. Habiendo convivido con estos cristianos de heroica resistencia, nuestro autor traza la historia novelada de tres jesuitas portuguesas, antiguos alumnos del P. Ferreira, que quieren cerciorarse de la imposible mala noticia de su apostasía y proseguir la labor misionera en Japón. *Silencio* será pues la historia de uno de ellos, el P. Sebastián Rodrigues, a través de unas supuestas cartas que él envía a sus superiores y del relato de sus terribles peripecias narrado por el mismo autor⁹.

2º Detalles estilísticos

⁵ A ello pudo contribuir la fanfarronada de un marinero que se enorgullecía diciendo que la grandeza del imperio español era debida en parte a los misioneros, que preparaban el camino al ejército del Rey de España (cf. FUJITA N.S., *Japan's encounter with Christianity. The Catholic Mission in Pre-Modern Japan*, Paulist Press, N.Y., 1991).

⁶ Pablo Miki y compañeros mártires, beatificados por Urbano VIII en 1627 y canonizados por Pío IX en 1862. Entre ellos estaba el español Pedro Bautista, superior de la misión de los franciscanos.

⁷ Abundante documentación en BOXER C.R., *The Christian Century in Japan*, University of California Press, 1951.

⁸ Según el P. Johnston en su introducción, históricamente hablando se trataba de un grupo de diez religiosos, europeos, chinos y japoneses, entre los cuales estaba el P. Giuseppe Chiara, que sería el Sebastián Rodrigues de nuestro relato (cf. P. 10). Ello nos hace comprender que la obra de Endo, sobre un fondo histórico, es sin embargo una verdadera ficción. Para más detalles ver: SHÜTTE J.F., *Introductio ad historiam Societatis Jesu in Japonia (1549-1650)*, Romae, Institutum Historicum S.J., 1968.

⁹ De hecho, en la obra del P. Schütte, no hallamos ninguna alusión a un tal Sebastián Rodrigues, mientras que Giuseppe Chiara, llamado José Claro, aparece como llegado en 1943, apóstata y muerto en Japón en 1685 (cf. *Ibid.*, p. 375).

Desconociendo el idioma japonés, no podemos hacer ninguna observación directa sobre el texto de Endo. No obstante, a través de la excelente traducción inglesa del P. Johnston, hecha sobre el original, se pueden apreciar algunos aspectos característicos de la pluma del autor¹⁰.

Nos parecen excelentes las descripciones de paisajes, travesías, pueblos y costumbres, especialmente interesantes para un lector no japonés. Así, el viaje de Macao a Japón, la exploración de la isla, la situación de clandestinidad, los sucesivos paisajes de las constantes huidas, las costumbres de los cristianos en régimen de catacumbas y más tarde, las descripciones de Nagasaki, de la prisión, del tribunal, de las calles de la ciudad después de la apostasía, nos parecen excelentes.

Sin embargo, la pluma de Endo nos parece aún mejor en los retratos psicológicos de los personajes y en las constantes alusiones a sus sentimientos y reacciones. Aquí juzgamos muy precisa la percepción del alma sacerdotal por parte de Endo¹¹. Muy a menudo en la obra podemos ir siguiendo la “vida interior” del P. Rodrigues: su repugnancia ante Kichijiro, oscuro personaje que se convierte en el constante contrapunto de la narración; las “oraciones” del jesuita, salpicadas de frases bíblicas y citas de himnos latinos; las reacciones íntimas en su reencuentro con el P. Ferreira después de su apostasía.

De una manera sencilla podríamos decir que el autor une la característica habilidad anglosajona en la descripción objetiva de lugares y personas, que casi nos hacen ver las escenas con los propios ojos, a la reconocida capacidad francesa en la descripción subjetiva de los estados anímicos de los personajes, algo así como el “paisaje interior” de los protagonistas. De ahí los abundantes y a menudo angustiados monólogos del P. Rodrigues. Recordemos la formación de Endo, por un lado inglesa y por otro francesa, pero todo en una original síntesis profundamente japonesa.

3º El hilo narrativo

La novela de Shusaku Endo tiene una trama relativamente sencilla.

En un corto prólogo, el autor nos informa del increíble escándalo causado en Roma y en Europa ante la noticia de la apostasía del P. Cristóbal Ferreira, provincial de los jesuitas en Japón e indomable misionero. Por lo demás, las informaciones no eran del todo claras. Tres jóvenes religiosos, Juan de Santa Marta, Francisco Garrpe y Sebastián Rodrigues, animados por el P. Rubino, consiguen obtener el difícil permiso y viajan a través de Africa e India hacia Macao¹², base de las operaciones asiáticas de los misioneros jesuitas, donde se halla en P. Alejandro Valignano, visitador, y desde donde portugueses y otros europeos comercian con Japón.

El primer capítulo es la descripción de los preparativos del viaje a Japón en Macao. Santa Marta se pone enfermo. Sólo Garrpe y Rodrigues zarparán hacia Nagasaki. Valignano se opone en un principio, dado que los portugueses ya no pueden comerciar con Japón por orden del gobierno, pero ante la insistencia de los jóvenes, da su consentimiento. En el relato, parece ignorar la apostasía de Ferreira, pero pronuncia

¹⁰ Sobre la personalidad del P. W. Johnston, su amistad con Endo y su trabajo como traductor ver su obra *Mystical Journey. An Autobiography*, Orbis Books, N.Y. 2006, especialmente el capítulo “The Mystery of Endo” (p.104-112).

¹¹ ¿Podría ser una influencia de la magnífica novela de Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, que sin duda Endo conocía?

¹² Cf. TICOZZI S., “Macau”, en SUNQUIST S.W., (ed.), *A Dictionary of Asian Christianity*, Eedermans W.B., Grand Rapids, Michigan, 2001, p. 506-507.

ya el nombre de un personaje clave, Inoue, el terrible magistrado de Nagasaki, que, a pesar de haber recibido el bautismo, es ahora el responsable de la persecución de los cristianos. Por otro lado, Garrpe y Rodrigues pueden contactar un japonés que desea volver a su tierra, Kichijiro. Estos dos hombres tendrán una importancia capital en el relato. De notar que Kichijiro niega ser cristiano y aparece como borracho, astuto y despreciable. Nuestros dos misioneros logran fletar un junco chino con veinte marinos y se ponen en manos de este oscuro japonés para iniciar su aventura. A Rodrigues todo le parece un sueño. Notemos de paso las frecuentes alusiones a Francisco Javier, para quien Japón era el país oriental más apto para abrazar la fe cristiana¹³.

La travesía – capítulo 2 – se desarrolla normalmente, aunque no falta un fuerte temporal. Nuestros misioneros descubren que Kichijiro conoce palabras cristianas, pero continúa negando su bautismo. El desembarco se hace de noche y en la más estricta clandestinidad. Pronto hallan ocultos cristianos y escuchan en directo el testimonio de la persecución de boca de Mokichi. El lugar es Tomogi. Sus misas recuerdan las catacumbas. Los padres viven ocultos en una choza en el monte.

Una carta de Rodrigues – capítulo 3 – nos da una idea completa del género de vida de los cristianos de Tomogi: Jiisama es el responsable de los bautismos y Tossama de la catequesis y oraciones. El señor del distrito da premios a los que delatan a un cura, un hermano lego o un cristiano. Poco a poco visitan otros poblados, administran sacramentos, dirigen oraciones, se sienten útiles y felices. Descubren que Kichijiro había sido cristiano, pero había apostatado. Confirman que en la zona nadie sabe nada de Ferreira. Sin embargo los campesinos les advierten que los guardias de la provincia están al acecho.

Entramos entonces en el centro de la narración – capítulo 4 - . El autor nos da una descripción completa del sistema feudal - los samurais –, de la pobreza extrema de los campesinos y la opresión que padecen. El brutal arresto del anciano Jiisama de Tomogi es una prueba fehaciente de la situación. Los cristianos prometen no descubrirles, aunque todos sean apresados como rehenes. Ante la presión, dos óptimos cristianos, Ichizo y Mokichi, se ofrecen a las autoridades. Kichijiro, extranjero en el pueblo, es obligado a presentarse. Nuestro misionero empieza a preguntarse por el “silencio de Dios”¹⁴.

De hecho, los tres hombres pisotean las imágenes de Jesús y María – el *fumie* – pero sólo Kichijiro se atreve a escupirlos. Ichizo y Mokichi serán sometidos a la tortura mortal del agujero en la playa de Tomogi. Omatsu, la hermana mayor de Ichizo, tratará de confortarlos. Sus cuerpos serán quemados y sus cenizas arrojadas al mar, para evitar toda suerte de veneración como mártires.

Los dos sacerdotes deciden separarse y procurar resistir. Rodrigues por vez primera experimenta el miedo y duda de sí mismo. En una oscura travesía nocturna es conducido a una isla y se halla en una aldea desolada. Decide subir a la montaña mientras recuerda los nombres de los ilustres misioneros anteriores: Javier, Cabral, Torres, Valignano...

¹³ Así se expresa en la primera carta enviada desde Japón a sus compañeros de Goa en noviembre de 1549. Ver: SAN FRANCISCO JAVIER, *Cartas y escritos*, anotados por el P. F. Zubillaga, Madrid, BAC n. 101, 1979 (3).

¹⁴ El tema no faltará a lo largo del relato, y constituye el hilo conductor de la trama, que da nombre a la novela. Recordemos que el primer volumen de la célebre obra del Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, lleva por título “El silencio de Dios” y uno de los autores ahí analizados es precisamente Graham Greene. (La obra fue publicada en España por Gredos en 1955. No es aventurado pensar que Endo conociese esa obra en su original francés).

Descendiendo a otro poblado, Rodrigues se halla de nuevo con Kichijiro, que conoce el lugar. El misionero procura evitarlo, temiendo ser traicionado, pero así ocurre efectivamente. Kichijiro vende al jesuita por 300 monedas de plata.

A partir de este momento se terminan las cartas de Rodrigues, y el relato va entrando más y más en el verdadero drama misionero del jesuita clandestino – capítulo 5 -.

Nuestro protagonista se halla ahora prisionero en una estrecha choza, junto con otros cristianos, hombres y mujeres, bautizados por Ishida¹⁵. Un anciano samurai experto en la persuasión, les hará el célebre “examen de la encrucijada”¹⁶: una hábil invitación a la apostasía, especialmente para el sacerdote, como responsable de la persecución y tortura de los simples campesinos. El P. Rodrigues tendrá aquí su primer gran diálogo, esta vez con un bautizado antiguo seminarista, que se expresa corrientemente en portugués, y recibirá su primera gran lección de budismo. Ante la noticia de la apostasía de Ferreira, nuestro misionero niega haberlo conocido. En un pequeño bote es trasladado a Yokose-no-Ura, antigua esplendorosa misión, que había sido quemada y sus habitantes dispersados. Luego, en el dorso de un caballo, se dirige a Omura, primera ciudad japonesa que Rodrigues puede contemplar, pasando luego por Suzuda e Isahaya, hasta la llanura de Chizukamo. Nunca falta la aparición de Kichijiro.

El capítulo siguiente es la llegada de la comitiva a Nagasaki. El jesuita es colocado en la prisión a la fueras de la ciudad y experimenta una cierta paz. Allí llega otro grupo de cristianos. Rodrigues puede dirigir oraciones y confesar. Algo más tarde y con vestidos de bonzo, es conducido al tribunal que lo ha de juzgar. Nos hallamos entonces ante otro interesante diálogo interreligioso. El presidente del tribunal, que entiende portugués a la perfección, resulta ser el magistrado Inoue. Uno de los cristianos muere en la cárcel a causa de los trabajos forzados. Kichijiro reaparece, confiesa que es cristiano y pide ser encarcelado y confesarse, pero termina pisoteando el *fumie*. La oración del sacerdote se hace intensa y dramática.

El capítulo séptimo es el más largo de la novela y podemos decir que en él se juega el drama misionero. Una larga conversación entre Inoue y Rodrigues muestra toda la sutileza de la argumentación oriental, a partir de la comparación matrimonial: ¿con quién se casará el Japón? ¿Con alguna nación extranjera – Portugal, España, Holanda, Inglaterra-? ¿Con la Iglesia? En opinión de Inoue, la Iglesia es una novia extranjera, fea y estéril. El jesuita no puede menos que compararse a Jesús, en una larga reflexión que se acaba en una sensación debilidad ante la tortura. Quizás sea este el motivo del buen trato en la cárcel.

En Nagasaki, nuestro protagonista tiene un diálogo con el intérprete, que le anuncia el encuentro con otro portugués. Se trata de su compañero Garrpe. Desde lejos le hacen contemplar la tortura de tres cristianos para incitarlo a la apostasía. Esta idea empieza ser una verdadera obsesión. Incluso su visión de la faz de Cristo, que penetra todo el relato, empieza a cambiar de aspecto.

El clímax de la novela se alcanza en la larga y detallada entrevista entre Rodrigues, el alumno de Campolide en Portugal, y Ferreira su antiguo maestro,

¹⁵ Existió un jesuita japonés de nombre Antonio Ishida que murió quemado en Nagasaki el 3 de septiembre de 1632 y cuyo martirio está relatado en la última carta de Ferreira, antes de su apostasía (Cf. ELISON George, *Deus destroyed. The image of Christianity in Early Modern Japan*, Harvard University Press, Cambridge Massachussets, 1973, p.190).

¹⁶ Traducimos así la expresión *cross-examination*. Se trata de proponer dos caminos: apostasía, a través del gesto de pisotear el *fumie*, o tortura, normalmente el reo es suspendido cabeza abajo e introducido en un agujero asqueroso, hasta que muere lentamente.

provincial y ahora apóstata, después de veinte años de vivir en Japón. Ahí hallamos la célebre comparación del país con un “pantano”, en el que el cristianismo no puede enraizar. Es más, los japoneses son incapaces de concebir un Dios en verdad trascendente. Para nuestro joven padre, el gran argumento son los mártires.

Nos acercamos así al desenlace del relato. El horizonte de la muerte se dibuja en el alma del P. Rodrigues – capítulo 8 -.

Asistimos entonces al traslado público del misionero entre la hostilidad o indiferencia del pueblo, al enésimo encuentro con Kichijiro, al recuerdo de los mártires de Nagasaki, a las invectivas del intérprete, que le profetiza su apostasía, a la llegada al infecto calabozo, donde sin embargo el rostro de Cristo ante el terror de la muerte se le hace presente. Tampoco faltan allí la comparecencia de Kichijiro y más tarde del intérprete con Ferreira, sobre el fondo de quejidos de los cristianos en la tortura del foso. El ex - provincial confiesa la razón de su apostasía, es decir la compasión por los cristianos torturados, ante el implacable silencio de Dios. La escena final del capítulo es la apostasía del sacerdote en el terrible acto de pisotear la imagen de Cristo – *fumie* -, con una clara alusión a la negación de Pedro. La narración es de una suprema intensidad espiritual.

El capítulo 9 nos traslada de golpe a la vida de Rodrigues en Nagasaki años más tarde, en su estrecha casa de la que no puede salir sin permiso del magistrado. Su imaginación vuela hacia Macao y Goa, y tiene ganas de defenderse del severo juicio eclesiástico¹⁷, debatiéndose en mil consideraciones sobre sus propios sentimientos y actos, alrededor de su apostasía. En una magnífica descripción psicológica, Endo consigue de nuevo hacernos testigos de una inextricable tragedia humana. Nuestro protagonista llega a compararse con el despreciable Kichijiro y a explicarnos los sentimientos de odio, desprecio y compasión que le inspira Ferreira en sus raros encuentros, y que son en el fondo los sentimientos que experimenta hacia sí mismo.

El capítulo 10 consta de una serie de extractos de un diario de un comerciante holandés¹⁸, elegante manera de darnos algunas noticias sobre Nagasaki los años 1644-1655. La persecución continúa. Los objetos piadosos constituyen una prueba de cristianismo¹⁹. Ferreira y Rodrigues acuden como testigos, pero una familia entera es ejecutada por no apostatar. La posible llegada de sacerdotes en barcos holandeses es denunciada por nuestros apóstatas, pero los japoneses creen que se trata de una acción política hispano-portuguesa²⁰, para desacreditar a sus enemigos los calvinistas holandeses. Sin embargo deciden investigar cuidadosamente la presencia de católicos romanos en sus embarcaciones. Por ejemplo, una estampa de la Virgen, con el Avenaría en flamenco (Bélgica) es investigada con todo cuidado. También llegan barcos comerciales de China. El escribano holandés identifica siempre lo católico con Portugal, y desconfía totalmente de los sacerdotes apóstatas. En medio de otras noticias

¹⁷ De hecho, Ferreira había sido expulsado de la Compañía en Macao el 2 de noviembre de 1636 por el visitador Manuel Dias.

¹⁸ Los holandeses establecieron su primera factoría comercial en Hirado, en 1609. En 1639, después de la rebelión de Shimabara, el comercio con Portugal queda estrictamente prohibido y fracasan todos los intentos posteriores por restablecerlo. Desde 1641, los holandeses tienen como base de operaciones Deshima (Nagasaki), con estricto control de toda mercancía.

¹⁹ Algo parecido ocurrió en la persecución religiosa durante la guerra civil española, donde se practicaban sistemáticamente registros con el fin de encontrar objetos piadosos.

²⁰ España y Portugal han estado unidos desde 1580 hasta 1640, y ante los japoneses aparecen como las potencias católicas imperialistas, los portugueses viniendo de Macao (China) y los españoles de Manila (Filipinas).

comerciales, nos cuenta cómo todas las familias de Nagasaki deben pasar por la ceremonia de pisotear el *fumie*²¹.

Quizás la noticia más interesante sea la narración de la primera entrevista entre Inoue y Rodrigues después de su apostasía, para anunciarle que será trasladado a Edo (Tokio), que tomará el nombre de un difunto japonés, Okada San'emon, y también su viuda por esposa. Inoue vuelve sutilmente a proclamar que Japón es un “pantano” refractario para la semilla cristiana.

No tarda en reaparecer el inevitable Kichijiro que pide confesión. El sacerdote duda, pero en íntima conversación con Cristo, le concede la absolución y experimenta el amor de Cristo “de otra manera”, con un ímpetu de alegría y la convicción de que Dios no calla.

La novela se concluye con un apéndice de un oficial de la “residencia cristiana” de Tokio. Por él conocemos detalles de los últimos años de Okada San'emon, su personal de servicio, la redacción de un libro rechazando la religión cristiana, la persecución de Kichijiro poseedor de objetos piadosos, y de otros posibles fieles, sobre los que se llevan a cabo minuciosas investigaciones y torturas, en caso de sospecha de cristianismo. También conocemos la recompensa ofrecida a los denunciadores. Finalmente, según el calendario japonés, se nos da la noticia de la muerte de Okada San'emon por enfermedad²². En la declaración final de los inspectores se nos dice que había nacido en Portugal, que estuvo bajo la autoridad de Inoue y que pasó 30 años en la “residencia cristiana” de Tokio. A pesar de los cuidados médicos, su salud empeoró y finalmente murió a los 64 años. Su cuerpo pasó a un templo y luego fue quemado, dándole el póstumo nombre budista de Myûsen Jôshin Shinshi. Los gastos del funeral fueron sufragados con el dinero que había dejado al morir.

De esta manera, Endo mantiene la atención del lector hasta la última página de su libro. Creemos que especialmente el lector occidental se siente subyugado por una narración que le retrotrae a un mundo lejano y bajo muchos aspectos desconocido, aunque las constantes alusiones cristianas y la profundidad humana del drama consigan un efecto de profunda proximidad.

4º Los hombres

Nuestra Novela es estrictamente masculina. Todos los personajes de algún relieve son hombres. Podemos distinguir entre ellos los portugueses (o europeos) y los japoneses. Cada uno posee un carácter definido y de alguna manera simbólico. Notamos también que todos los personajes de relieve son o han sido cristianos. Entre los portugueses hay un gran misionero – Valignano (italiano)- un mártir – Garrpe - y dos apóstatas – Ferreira y Rodrigues -. Entre los japoneses hay un cristiano en constante vaivén entre la apostasía y la fe – Kichijiro – y dos antiguos cristianos claramente convencidos de su regreso a la tradición japonesa – el intérprete y el magistrado Inoue -. De todos ellos intentaremos trazar una semblanza, deteniéndonos lógicamente en la figura del protagonista, del que presentaremos sus diálogos y sus monólogos. A través de estos análisis esperamos captar de alguna manera la idea religiosa de Endo en esta novela.

²¹ Se trata pues de una limpieza sistemática de cristianos que nos recuerda la persecución de Decio (siglo III), en la que todo ciudadano romano debía tener un certificado de adoración a los ídolos.

²² Según las noticias del P. Schütte, en la obra citada, Giuseppe Chiara, el jesuita de la segunda expedición de Rubino, que podría ser el modelo de nuestro Rodrigues, murió en agosto de 1685. En el documento japonés citado en la novela la muerte habría sido el 25 de julio.

4.1 Alessandro Valignano

Entre los extranjeros tenemos en primer lugar algunas alusiones rápidas y laudatorias al primer gran jesuita de Japón que fue San Francisco Javier. Su recuerdo está aún vivo entre misioneros y japoneses²³.

Mucho más abundante es la presencia del visitador residente en Macao, Alessandro Valignano²⁴, jesuita italiano, misionero bajo el Patronato Portugués.

Endo nos lo describe a través de las cartas del P. Sebastián Rodrigues, como el hombre prudente, buen conocedor del Japón y que sabe lo arriesgado que es aventurarse en un país que ha prohibido el cristianismo y cerrado todo trato con extranjeros, excepto holandeses y chinos, después de la sublevación de Shimabara en 1636. De hecho, desde 1633 el visitador ya no recibe noticia de Ferreira y sabe muy bien que la ferocidad anticristiana en Japón tiene un nombre: Inoue.

A pesar de todo, nuestros decididos misioneros obtienen el permiso del visitador. El nombre de Valignano aparece en otros momentos del relato, aludiendo a su oposición a Cabral y su desprecio por lo japonés²⁵. Nuestro protagonista recuerda su nombre y sus conocimientos del Japón en varias ocasiones, y especialmente cuando se halla por vez primera ante Inoue, bajo una apariencia cordial y apacible.

Valignano es uno de los grandes misioneros jesuitas en el Extremo Oriente, que nos ha dejado entre otros muchos escritos un célebre *Sumario de las cosas de Japón* (1583), escrito en español y editado por el P. Luis Alvarez Taladriz²⁶.

5.2 Francisco Garpe

En nuestra novela los intrépidos jesuitas dispuestos a entrar clandestinamente en Japón son inicialmente tres: Juan de Santa Marta, Francisco Garrpe y Sebastián Rodríguez. De ellos Juan de Santa Marta cayó enfermo en Macao y no pudo zarpar hacia Japón con sus compañeros. El segundo, Francisco Garrpe, aparece en la obra como un misionero sencillo y entusiasta. Durante el primer período después del desembarco en Japón, Garrpe es descrito siempre como franco, optimista y directo en su modo de hacer y de cuestionar a los japoneses. Hacia la mitad del relato, Rodríguez y Garrpe deciden separarse y Garrpe se dirige hacia Hirado.

Nuestro jesuita reaparece en el capítulo séptimo capturado por los guardias japoneses. Desde lejos, Rodríguez asiste a su heroico final. A pesar de que su apostasía hubiera podido liberar a tres cristianos, Garrpe resiste en la playa, mientras los fieles están ya en una pequeña embarcación, maniatados y a punto de ser arrojados al mar. Nuestro sacerdote, de improvisado, deja la playa y se lanza nadando hacia la embarcación, donde es rechazado violentamente por los guardias. Su cabeza reaparece alguna vez entre las olas, mientras se oye aún su último grito: “¡Señor escucha nuestra oración!”. Ello hace que incluso el intérprete alabe la pureza de Garrpe ante Rodríguez.

²³ Así como el de otros misioneros como Cerqueira (obispo), Organtino, Gomes, Lopez, Gregorio, Gil de Mata...

²⁴ Advertimos pues una evidente ficción histórica. Valignano muere en Macao en 1606, en cambio los misioneros clandestinos de la novela llegan a Japón en 1643, pasando poco antes por Macao. Sería más verosímil hablar del visitador Antonio Rubino, que estaba en Macao en 1639. Sin embargo, llegado a Japón en 1642, murió mártir en 1643.

²⁵ El P. Cabral, provincial jesuita de Japón fue depuesto por este motivo por el mismo Valignano en 1582 (cf. p. 145-146).

²⁶ Tokio, Sophia University, 1954. Cf. VANZAN P., “Alessandro Malignano, ponte tra Oriente e Occidente” en *Civiltà cattolica*, 2007, I, 157-166.

Más tarde, debatiéndose ante la tentación de apostatar, nuestro protagonista siente envidia de Garrpe y la imagen de su cabeza flotando en las aguas vuelve como una pesadilla cuando está en la cárcel.

En el conjunto de la obra, nos parece pues que el compañero del P. Sebastián representa al misionero sencillo, valiente y entregado hasta el fin, que merece la corona del martirio, cercano a esos cristianos igualmente sencillos, víctimas de la persecución hasta la muerte. La mayor parte de los mártires antiguos y modernos han sido hombres y mujeres así, con esa fe sencilla y perseverante²⁷.

Dejando el estudio detallado de nuestro protagonista para los capítulos consagrados a los “diálogos” y a los “monólogos”, acerquémonos ahora al más enigmático de los sacerdotes portugueses del relato de Endo, el P. Cristóbal Ferreira.

4.3 Cristóbal Ferreira

La biografía del P. Cristóbal Ferreira ha sido abundantemente estudiada por los historiadores jesuitas²⁸ y también por especialistas del Japón²⁹. Nosotros damos la síntesis de su vida tal como aparece en el *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*³⁰.

Nacido en Torres Vedras (Lisboa) en 1580, entra en la Compañía de Jesús en 1596, siendo novicio en Campolide (Lisboa). Estudia en Coimbra, se embarca luego para Goa en 1600 y es destinado a Japón. Termina sus estudios en Macao y en 1609 se embarca hacia Nagasaki. Aprende japonés y a partir del decreto de expulsión de 1614, ejerce el apostolado clandestinamente. Funge de secretario y ecónomo, reúne los datos acerca de los mártires y los manda en carta a Roma (22 de marzo de 1632). Tras la captura del P. Sebastián Vieira, ejerce como provincial, pero en octubre de 1633 es capturado y sometido a la tortura de la fosa en Nagasaki, donde después de cinco penosas horas apostata.

Ferreira adopta el nombre japonés de Sawano Chuan, y así aparece en las fuentes japonesas. Se le da una viuda por esposa y trabaja como traductor e intérprete. En 1636 apareció el folleto *Kengirokou*, que se le atribuye³¹. Consta que varios jesuitas mártires intentaron su conversión (Kasui, Mastrilli y Rubino). Su apostasía había causado gran impresión en Europa.

Tenemos dos versiones de su muerte. Por un lado, la holandesa-japonesa según la cual muere de enfermedad natural en 1650 y por otro, la de fuentes cristianas que afirman su muerte martirial en abril de 1652³². Probablemente siempre quedará un velo misterioso sobre el caso Ferreira.

²⁷ Pensamos no sólo en Japón, sino también en Corea, China y Vietnam.

²⁸ Ver: SCHÜTTE J.F. *Introductio ad historiam Societatis Jesu in Japonia (1549-1650)*, Romae, Institutum Historicum S.J., 1968 y RUIZ-DE-MEDINA J., *El martirologio japonés 1558-1873*, Roma, Institutum Historicum S.J., 1999. (Ver también: CIESLIK Hubert, “The case of Christovao Ferreira” in *Monumenta nipponica*, 29(1974), n.1, 1-58).

²⁹ ELLISON G., *Deus destroyed. The image of Christianity in Early Modern Japan*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 1973. El libro clásico sobre el tema es: BOXER C.R., *The Christian Century in Japan*, University of California Press, 1951 (probablemente conocido por Endo).

³⁰ El autor del artículo es H. CIESLIK, los directores del Diccionario son O’NEIL CH.E. y DOMINGUEZ J.M. Nuestro biografiado se halla en el volumen II p. 1407-1408.

³¹ En el libro de ELLISON G., hay una traducción inglesa del original japonés con el título de *Deceit disclosed* (Engaño revelado), cf. o.c., p. 293-318.

³² El P. Schütte, especialista jesuita de historia japonesa avala esta opinión (cf. también MASSON J., “Ferreira” C.” en *DHGE*, t. XVI, col. 1236).

A nosotros sin embargo nos interesa el Ferreira novelado por Endo, que sin duda conoce la historia, pero nos da una versión imaginativa sobre todo a través de sus encuentros con el protagonista de *Silencio*.

El interés por el ex-provincial de Japón y el rumor de su caída aparecen desde las primeras páginas de la obra. Se puede decir que esclarecer su caso es uno de los motivos de la peligrosa aventura de nuestros misioneros. Endo, de manera ficticia, hace al P. Sebastián en Campolide un discípulo de Ferreira, quien le habría dejado una huella imborrable a través de sus clases³³. Tanto Garrpe como Rodrigues preguntan siempre por su paradero. El primero en dar noticias sobre su apostasía es el intérprete, que recuerda una lista de apóstatas³⁴. No hay que decir la conmoción que sufre nuestro misionero. Su imagen de apóstata le acompaña siempre. Incluso cuando se le anuncia la visión de un portugués, que será Garrpe, Sebastián piensa en Ferreira.

Llegamos así al primer encuentro directo entre Rodrigues y su antiguo maestro. Endo nos describe la figura de Ferreira, precedido de un presumido monje budista, como un “animal grande, que con una cuerda alrededor del cuello, es arrastrado mientras se resiste” (p. 228). El intérprete también está presente. Después de un “mortal silencio”, nuestro jesuita se atreve a llamarle “padre”, mientras se debate en un mar de emociones contradictorias. Pero Ferreira pasa de su actitud servil a una mirada desafiante, con un rostro que parece reflejar una “terrible sensualidad” (p. 230).

En el Ferreira de Endo hallamos un traductor científico útil al país³⁵, pero también un pensador que ayuda a descubrir el “engaño” del cristianismo³⁶, que ha cambiado su nombre por Sawano Chuan, pero en quien Rodrigues descubre en sus ojos el brillo de una lágrima. Ferreira declara con franqueza que se le ha dicho que consiga la apostasía del joven y a ese fin le muestra la cicatriz del tormento de la fosa. Sus veinte años de trabajo misionero en Japón le llevan a afirmar fríamente que el cristianismo no enraíza en el país. A la reacción sobresaltada de Rodrigues, Ferreira, con los ojos bajos, responde como un muñeco sin emoción: “Este país es un pantano” (p. 237), y añade sus pesimistas opiniones sobre el “dios” de los cristianos japoneses, lentamente “con una sonrisa de compasión, mientras se lame los labios”, y acusa a los misioneros de superficialidad, mostrando ya una cierta irritación, para terminar confesando resignadamente que el trabajo misionero ha perdido su significado para él. Sus últimas palabras son: “He recibido esposa e hijos de un hombre ajusticiado” (p. 242).

No hay que subrayar la impresión de ambigüedad que nos deja la personalidad de este culto y antes ardiente misionero en la pluma de Endo³⁷.

Es más, Ferreira reaparece aún en el momento supremo en que debe decidirse la apostasía de Rodrigues. De nuevo, el penetrante estilo de nuestro autor logra dar a este encuentro una intensidad espiritual particular. En efecto, es precisamente Ferreira quien revela a nuestro “héroe” que el ruido que escuchaba durante la noche en el calabozo infecto, no eran los ronquidos de un despreocupado guardián, sino los lamentos de los cristianos colgados en la fosa. El ex-jesuita aparece como un espíritu flotando en el aire, revelando que él había estado en ese mismo calabozo y había sido el autor de la frase *Laudate Eum* incisa en la pared, que el mismo Rodrigues había podido leer.

³³ Campolide era el noviciado jesuita en Portugal. Ferreira no parece haber sido profesor ahí, pues terminó sus estudios en Macao.

³⁴ Porro, Pedro, Cassola y Ferriera. Se trata de casos históricos según las fuentes jesuíticas.

³⁵ Se trata del libro *Kenkon Bensetsu* – “Explicación crítica del cielo y la tierra” – que Ferreira está traduciendo al japonés (cf. *DHSJ*, o.c., vol. II, p. 1408).

³⁶ Se trata de la obra *Kengirokou* a la que hemos aludido anteriormente (cf. supra nota 31). Según Cieslik en el artículo citado, su autoría ha sido puesta en duda desde 1930 por Anesaki Masaharu.

³⁷ Analizaremos el contenido ideológico de las declaraciones de Ferreira más adelante en el apartado sobre los “diálogos”.

Entonces le manifiesta que la última razón de su apostasía fue la compasión por los cristianos torturados, ante un Dios implacable en su silencio. Ferreira en fin, insinúa que se puede traicionar a la Iglesia por fidelidad a Cristo y a su amor. Sólo la apostasía del misionero podía salvar de la tortura a los cristianos en el foso. Por eso Ferreira insiste en que se trata del “más penoso acto de amor” (p. 269), y cuando el *fumie* esté ante los pies de Rodrigues será Ferreira quien le grite: “Ánimos!” y le arranque, por así decir, la apostasía.

Como vemos, Endo no duda en hacer de Ferreira un estrecho colaborador de Inoue y de la implacable persecución de los cristianos en una refinadísima combinación de torturas físicas y acosos psicológicos.

Más tarde el recuerdo de Ferreira aparece aún en la mente de nuestro apóstata. Por lo demás, el anciano portugués continúa descifrando los objetos que vienen de Macao para saber si son cristianos o no. Los encuentros de los dos hombres no están permitidos más que una vez al mes y bajo vigilancia. Rodrigues experimenta hacia él una mezcla de odio y desprecio, viendo en Ferreira el espejo de sí mismo. Por otro lado le parece que ambos son ahora dos inseparables hermanos gemelos.

Con estos antecedentes, creemos que Endo no comparte la opinión de la conversión final y martirio del antiguo provincial. La imagen de Ferreira de *Silencio* cuadra mejor con la muerte por enfermedad natural en 1650.

En un momento en que la “apostasía” sacerdotal, por motivos intelectuales, pero también eclesiásticos y sentimentales es abundante y compleja, la relectura de este caso no deja de tener una cierta actualidad³⁸.

4.4 El intérprete

Pasamos ahora a considerar los personajes japoneses del relato³⁹.

En primer lugar nos llama la atención la repetida presencia de un anónimo intérprete, que aparece por primera vez en el capítulo quinto, cuando nuestro protagonista se halla en una choza, después de haber sido hecho prisionero. Con inevitable acento japonés, nuestro intérprete se expresa bien en la lengua lusitana y sigue perfectamente la conversación.

Se trata de algo común en la región de Nagasaki e Hirado, gracias a los seminarios portugueses creados en Arima, Amakusa y Omura. Nuestro hombre explica que fue bautizado, pero que desde el principio no quería ser ni cristiano, ni hermano. Siendo hijo de samurai, toda su intención estaba en aprender para ser grande en el mundo. Por eso no se consideraba un apóstata⁴⁰.

³⁸ No se trata hoy de persecuciones violentas, sino de evoluciones personales, sociales y culturales, que plantean ese paso. Para hallar paralelos martiriales deberíamos acudir a las persecuciones religiosas del siglo XX: mexicana, española, nazi, soviética... Riccardi ha estudiado especialmente el tema (cf. *El siglo de los mártires*, Plaza Janés, Barcelona, 2001).

³⁹ Existe la fugaz aparición de un samurai que por vez primera expone la nueva política japonesa hacia los cristianos y los misioneros: no más martirios, sino apostasías, y en primer lugar de los sacerdotes extranjeros, con toda clase de presiones psicológicas (p. 138-142).

⁴⁰ El caso es interesante y acaso no infrecuente en las misiones. Tal conversión interesada aparece por ejemplo en la novela africana de Mongo Beti *Le pauvre Christ de Bomba*, a propósito del sacristán del P. Drumont, misionero francés (cf. *Annales de l'Ecole Théologique Saint-Cyprien*, 5 (1999), p. 295-336).

Ante el silencio de nuestro jesuita, el intérprete pasa a recordar el desprecio del P. Cabral por todo lo japonés, llegando incluso a oponerse a la ordenación sacerdotal de los graduados en el seminario⁴¹.

Según Endo, el P. Rodrigues había oído a Valignano hablar de igual modo acerca de Cabral y confiesa que él no es así. Pero el intérprete se muestra lleno de odio y resentimiento. Para el sacerdote se trata de una batalla contra sus propios remordimientos.

El intérprete continúa acusando a los misioneros de una fanática audacia ciega, que perturba a los japoneses, pues ellos ya tienen su propia religión. El diálogo se convierte después en una controversia sobre el budismo. El japonés acusa a los misioneros de ignorancia al proclamar que los “budas” son sólo hombres, que no escapan a la muerte. El intérprete deja ir una pequeña lección de budismo japonés⁴², como quien está acostumbrado a discutir con misioneros. Entre los distintos tipos de Buda, el *hossin* tiene las características de eternidad e inmutabilidad del Dios cristiano.

La discusión pasa luego a la eternidad – budismo – o creación del mundo y del hombre – cristianismo -. El intérprete ironiza entonces diciendo que el *Deus* cristiano es el creador del mal. La conversación se convierte en un impaciente intercambio de argumentos que parecen sofismas. El japonés ataca aún la paradoja cristiana de un Dios que hace sufrir a los suyos y el sacerdote responde que el cristiano que cumple los mandamientos vive en paz, incluyendo el culto a Dios y la vida familiar.

Pero la intención última del intérprete no es teórica, sino práctica, se trata de presionar al jesuita para que apostate, liberando así a cinco campesinos cristianos del tormento de la fosa. Amenaza con el juicio ante Inoue, y recuerda que ante el magistrado los padres Porro, Pedro, Cassola y Ferreira apostataron. Nuestro héroe se conmociona al oír el último nombre y niega inmediatamente que lo conozca⁴³.

No es la primera vez que el budismo o sus bonzos aparecen en la novela. Ya Valignano había advertido sobre posibles confusiones entre budismo y cristianismo desde el tiempo de Javier. Sobre este punto volverá más tarde incluso Ferreira recordando la confusión entre el *Deus* (cristiano – portugués), y el *Dainidi* (el gran Sol) japonés⁴⁴.

El intérprete reaparece en los encuentros con Inoue donde cumple con su cometido a veces mecánicamente, a veces con asombro, sobre todo cuando le parece que el magistrado concede demasiado a la religión cristiana.

El intérprete está aún presente en el encuentro con Ferreira. De hecho va a buscar al P. Sebastián a la cárcel y lo acompaña en el palanquín. Aprovecha para exhortarlo a comer y dejar de cometer acciones sin sentido, intentando acuciar su curiosidad ante el encuentro con su antiguo maestro.

⁴¹ Cf. YUUKI R., “Cabral Francisco” (1533-1609), en *DHSJ*, vol. I, p. 590-591, donde se halla una apreciación parecida de este contemporáneo de Valignano, que después de ser superior en Japón (1570-81), ocupó altos cargos en Goa (India).

⁴² Cf. VAN BRACKT J., “Budismo en el Japón” en POUPARD P. (dir.), *Diccionario de las Religiones*, Barcelona, Herder, 1987, p. 237-239. N.B. Las tres palabras empleadas por el japonés – *hossin*, *goshin* y *oka* – no se hallan en el *Japanese – English buddhist Dictionary*, editado por Daitō Shuppahsha, 1965. Para una visión actual y completa ver: KAZUO KASAHARA, *A History of Japanese Religion*, Tokio, Kosei Publishing Co., 2001.

⁴³ Los padres Porro Juan Bautista, Pedro Kasui Kibe y Cassola Francisco son históricos y aparecen en el libro de ELISON G., (o.c., p. 196-199) y en la obra del P. SCHÜTTE (cf. *index*). Su muerte en la apostasía o en el martirio es diversa según las fuentes. (N.B. Pedro podría ser también Pedro Márquez, igualmente histórico).

⁴⁴ Cf. p. 76, 79, 120, 139, 227 y 238.

Durante el diálogo, nuestro intérprete hace el papel de comparsa, para subrayar los sufrimientos de Ferreira. Su intervención más directa manifiesta muy bien su mentalidad. Se trata de un hombre práctico. Conmina al último sacerdote que queda a que apostate y pase a ser útil al país como Ferreira con sus traducciones y sus actividades como médico:

“Amar sinceramente a los demás supone en último término renunciar al “yo”. Y es el “yo”, ¿sabe? Es el “yo” el que se agarra absurdamente a esas diferencias de sectas. En lo de la entrega a los demás, budismo y cristianismo vienen a ser semejantes. Lo realmente importante es si lo practicamos o no lo practicamos. El honorable Sawano dice esto mismo en su Gengiroku”⁴⁵.

El intérprete está también presente en el último diálogo entre Inoue y el ya apóstata Okada San’emon, donde el argumento de la comparación entre budismo y cristianismo reaparece en los labios del magistrado. La pequeña intervención del intérprete tiene aún un carácter práctico. Cuando Inoue manifiesta poco interés por encarcelar a los cristianos clandestinos de Goto y Ikitsuki, nuestro hombre pregunta: “¿Y por qué no?” La respuesta de Inoue es también práctica. Se trata de cristianos a los que se han cortado las raíces, si no hay sacerdotes, la fe de estos campesinos cambiará y su “dios” ya no será en manera alguna el Dios cristiano⁴⁶.

4.5 Inoue, señor de Chikugo

El más culto y refinado representante del Japón en el relato es sin duda Inoue, gobernador de Chikugo⁴⁷. Sin duda, nuestro autor estaba bien informado sobre la persona y la actividad de Inoue cuando escribió *Silence*. Sus descripciones, aunque noveladas, corresponden a las fuentes⁴⁸. Nosotros pues vamos a presentar la figura de Inoue a través de los relatos de Endo.

Desde las ficticias conversaciones entre nuestros misioneros y Valignano en Macao, aparece el nombre de Inoue como el más temible enemigo del cristianismo. De nuevo las alusiones son históricamente correctas. Nuestro inquisidor interviene en contra de los rebeldes y se muestra más eficaz que su predecesor, Takenaka Uneme, que

⁴⁵ P. 235.

⁴⁶ De hecho, los cristianos clandestinos se mantuvieron fieles a su fe cristiana hasta el período Meiji y la llegada de nuevos misioneros en el siglo XIX, pertenecientes a las Misiones Extrajeras de París. El P. Petitjean los descubrió en 1865. Después de un período de persecuciones y exilios, en 1873, el gobierno concedió libertad al cristianismo (cf. KAZUO KASHAHARA, o.c., p. 497-501). Sin embargo, hubo sincretismo en algunos casos.

⁴⁷ Seibe Masashige Inoue, Chikugo-no-Kami, ejerció el cargo de inquisidor anticristiano desde 1640 hasta 1658 (cf. SCHÜTTE, o.c., p. 375). Según las fuentes japonesas, Inoue dimitió en 1659 (30 de enero) y murió en 1661 a los 77 años de edad (cf. ELISON G., o.c., p. 191). Habiendo servido de joven a un daimyo cristiano fue bautizado, pero luego pasó a escalar los grados de la burocracia del período Tokugawa, llegando a ser el inquisidor de la doctrina cristiana, después de haber intervenido en la represión de la revuelta de Shimabara. Japón dio entonces el decreto final de cierre del país a todo comercio con países católicos – Portugal y España – (1639). Inoue fue encargado de proclamar las normas a los mercaderes chinos y holandeses, los solos permitidos. Los términos de la instrucción son terriblemente duros. Los extranjeros son llamados bárbaros, y los jesuitas severamente prohibidos por diseminar una doctrina maldita, siendo ministros de monstruosidades y predicadores de perdición para el populacho. Inoue dirigió personalmente los procesos y se sirvió de los apóstatas para lograr sus propósitos. Todos estos datos están recogidos por documentos japoneses (cf. Ib. P. 191-195).

⁴⁸ ¿Se trataría pues de una especie de doble japonés de lo que en la España de finales del siglo XV fue el inquisidor Torquemada? Los motivos políticos de preservar la unidad religiosa del país nos parecen semejantes (ver: MENEDEZ PIDAL R., *Historia de España*, tomo XVII, Espasa-Calpe, Madrid, 1969, p. 221 s).

había ocupado el cargo desde 1626 hasta 1633⁴⁹. Valignano afirma también que Inoue es un renegado de la fe. Su nombre queda grabado para siempre en la mente de nuestro protagonista⁵⁰.

A Inoue alude de forma amenazadora el intérprete, después que Rodrigues ha sido apresado. Más tarde se verifica el primer encuentro directo entre el magistrado y el padre en el patio de la prisión, donde otros cristianos están también detenidos. Se han colocado cinco sillas y un anciano está sentado en medio, rodeado de samurais. “Una sonrisa gentil se dibujaba en sus labios, el anciano observaba al sacerdote con la curiosidad de un niño al que han dado un juguete nuevo” (p. 177).

Las intervenciones del presidente, traducidas por el intérprete, son afables, y su mirada simpática. La objeción contra el P. Rodrigues, que ha sido presentado correctamente, no quiere tocar la verdad de la doctrina cristiana, que puede ser correcta en España y Portugal. El motivo de su prohibición en el país es que, después de profunda y sincera consideración, se cree que su enseñanza no es válida para el Japón de ese momento.

Cuando el sacerdote replica que la verdad es universal, sólo el anciano parece estar de acuerdo y observa que todos los padres dicen lo mismo, pero añade que el suelo y el agua condicionan el crecimiento de una semilla.

El sacerdote arguye que también en Japón, cuando hubo permiso para predicar, los cristianos llegaron a ser 300.000. Sólo el anciano asiente y continúa frotándose las manos, mientras el padre alude de nuevo a la metáfora del jardín, diciendo que es necesario el fertilizante para que crezcan hojas y flores. Sin embargo cuando el jesuita indica la inutilidad de la controversia, porque ninguna de las partes piensa cambiar de opinión, y afirma que de todos modos será castigado, el anciano deja de frotarse las manos y sacudiendo su cabeza, como para apaciguar a un niño travieso, dice: “No castigaremos a los padres sin motivo”.

Aquí se produce una especie de corto-circuito. El religioso exclama: “Esta no es la idea de Inoue. Si usted fuese Inoue me castigaría inmediatamente”. Toda la asistencia se echa a reír y responde a la intervención de Rodrigues: “Padre, éste es Inoue, el gobernador de Chikugo. Está aquí, en frente de usted”.

No hay que decir su sorpresa. El “demonio” de Valignano, el que había hecho apostatar a tantos misioneros estaba ante sus ojos como un hombre comprensible, evidentemente bueno y mansueto. Después de esta aclaración fundamental, toda la comitiva se retira (p. 181).

Esta es pues la entrada en escena de nuestro terrible magistrado. Creemos que Endo ha querido pintar toda la capacidad de refinada astucia del alma oriental. En las páginas sucesivas, Inoue no tardará en mostrar todo su odio anticristiano, lleno de particular sadismo. De hecho, el grupo de cristianos ha sido ejecutado y Rodrigues recuerda más tarde las torturas de los jesuitas Navarro quemado en Shimabara, y Carvalho y Gabriel sumergidos en las aguas hirvientes de Unzen.

Cinco días después, y acompañado sólo del traductor, Inoue tiene un segundo encuentro con el P. Sebastián. El señor de Chikugo entra en materia de nuevo con una sutil metáfora: Takenoba Matsuura de Hirado tenía cuatro concubinas que peleaban entre ellas por celos, y decidió desembarazarse de todas. Es un símbolo: Japón está

⁴⁹ Cf. ELISON G., o.c., p. 188-189.

⁵⁰ En el capítulo cuarto se hace a Inoue el responsable de idear el pisoteo del *fumie*, e incluso el escupir y blasfemar el nombre de María, para descubrir a los cristianos (cf. p. 98).

siendo cortejado por España, Portugal, Holanda e Inglaterra, que rivalizan en mutuas calumnias⁵¹. Dar un decreto contra le religión cristiana no es pues irracional o alocado.

Inoue, con sus rojas mejillas, no deja de reír y de mirar intencionadamente la cara del cura, que recogiendo el símbolo, le dice que la Iglesia enseña la monogamia. Japón podría tener una esposa legítima, la Iglesia⁵². Inoue alza la voz para reír con más fuerza, pero sus ojos no manifiestan emoción alguna. Insiste en que la Iglesia es una esposa extranjera y que sería mejor una esposa del país, y acusa a los misioneros de forzar el amor por una mujer fea y estéril. Confiesa que hace 30 años, en Gamo, se puso bajo la guía de los padres y termina la entrevista repitiendo la acusación de fealdad y esterilidad.

La última comparecencia de Inoue se halla al final de la novela, cuando Rodrigues será ya Okada San'emom. Es invierno. El señor de Chikugo está sentado en su despacho de Honhakata. Saluda al ex-sacerdote y le recuerda que hace tiempo que no se ven. Al principio evita hablar de la apostasía y le pregunta si se encuentra bien. Se trata de comunicarle su traslado de Nagasaki a Tokio, su nuevo nombre japonés y su esposa, como hemos indicado anteriormente.

Desde el punto de vista de la personalidad de Inoue, notamos que no deja de llamarle “padre”, sabiendo que esto hiere amargamente las entrañas del portugués, mientras le comunica el nombre de un japonés difunto y le conmina a tomar su viuda. Algo más adelante añade: “Padre, usted no fue derrotado por mí... Usted fue derrotado por ese pantano del Japón”. Una única sonrisa cruza el rostro de Inoue: “Ferreira me dijo que el Cristo del *fumie* le dijo que pisotease, y que por esto usted lo hizo. Pero ¿no es esto precisamente su propio engaño, un disfraz de su debilidad? Yo, Inoue, sé muy bien que ésas no son palabras de un cristiano” (p. 292).

No podemos negar la profundidad psicológica y aún teológica de esta apreciación. El Jesús del Evangelio ¿no fue el que dijo que quien le negara ante los hombres, El le negaría ante su Padre? (cf. Mt 10, 33).

El magistrado vuelve aún sobre su argumento de la imposibilidad de evangelizar el Japón:

“Se lo pregunté a otro que era tan padre como usted: “¿Qué diferencia hay entre la misericordia de Buda y la misericordia de Deus? La criatura no puede nada contra su propia debilidad y se abandona a la misericordia de Buda. En este abandono está su salvación. Eso es lo que en este país se predica”. Y entonces el padre me contestó con toda claridad: “Pues sí, la salvación para los cristianos es algo muy distinto. La salvación no se gana con sólo abandonarse a Dios; el creyente además tiene que ser fuerte de espíritu”. Ahora que lo pienso, veo que esta ciénaga del Japón, sin sentirlo, ha terminado deformando el cristianismo...” (p. 293).

Por eso añade Inoue que no importa mucho continuar encarcelando campesinos cristianos de Goto e Ikitsuki, pues las raíces han sido cortadas. Si viniesen sacerdotes, se tendría que perseguir de nuevo, pero no hay miedo, las hojas mueren cuando la raíz se ha secado. El Dios de los cristianos ocultos ya no es el Dios cristiano. Japón lo ha

⁵¹ Desde San Francisco Javier hay misioneros portugueses en Japón, y los papas a instancia d Valignano, han dado la exclusividad a los jesuitas (cf. MAGNINO L., *Pontificia Nipponica*, parte prima, (ss. XVI-XVII), Romae, Officium libri catholici, 1947). Desde 1593 franciscanos españoles llegan a Japón desde Filipinas. En ambos casos hay también comerciantes. En 1600 llega el primer barco holandés y en 1609 establecen una factoría. En 1613 igualmente los ingleses se establecen en Japón. Ambos precisamente en Hirado. Las mutuas acusaciones eran frecuentes para obtener un mejor comercio. Después de 1639, sólo China y Holanda podrán comerciar con los nipones.

⁵² Nótese que el misionero traspone el discurso del horizonte político al religioso, superando todo nacionalismo.

cambiado en algo extraño. Japón es así, imposible ayudarlo. Endo descubre una penosa resignación en su voz.

En términos modernos diríamos que según el señor de Chikugo la inculturación auténtica del Evangelio no es posible en Japón. La asimilación japonesa del cristianismo comporta necesariamente su transformación⁵³. ¿Es ésta la posición de Endo en esta novela? Dejemos que el sucesivo análisis de la obra nos clarifique algo al respecto, sabiendo que se trata de una personalidad muy compleja y de un problema crucial.

4.6 Kichijiro

Abordemos ahora la figura de Kichijiro, que sin duda juega un papel muy importante a lo largo de todo el relato.

Su nombre aparece por primera vez en la carta inicial del P. Sebastián, escrita desde Macao en mayo de 1643. Después de recordar a San Francisco Javier, el padre se alegra de haber encontrado un japonés, lo cual después del cierre de relaciones comerciales con Portugal es más bien raro⁵⁴. Visitando un chino, cuya embarcación piensa ir a las islas, los misioneros encuentran un japonés que desea volver a su país. Su nombre es Kichijiro⁵⁵.

La primera descripción que Endo pone en la pluma del misionero nos lo retrata muy bien: “Tambaleándose por un exceso de alcohol, el borracho oscilaba en el interior del cuarto. De unos 28 o 29 años, iba vestido de harapos ... Cuando al fin respondió a nuestras preguntas, supimos que era pescador del distrito de Hizen, cerca de Nagasaki. Antes de la famosa insurrección de Shimabara, había estado abandonado en el mar y un barco portugués lo había recogido” (p. 38-39).

Garrpe le pregunta inmediatamente si es cristiano. Sin comprender porqué, Kachijiro parece molesto y se cierra totalmente. Finalmente se pone a describir lentamente la persecución de los cristianos en Kyushu y el tormento de empalarlos en la playa y someterlos a los vaivenes de la marea hasta la muerte. Tal recuerdo parece chocarle profundamente y se calla de nuevo. Preguntado nuevamente por su fe, niega explícitamente ser cristiano, pero con voz temblorosa pide que se le permita volver a su país para ver de nuevo a los suyos.

Cierran trato. Para los misioneros será una ayuda. Para él una última oportunidad para volver al Japón. A partir de este momento, Kachijiro se convierte en el personaje ineludible de la narración.

Kachijiro se mezcla con los marineros chinos, carga bultos, repara el velero y se muestra muy astuto, al mismo tiempo que débil de carácter; perezoso cuando los

⁵³ De hecho, no todos los cristianos ocultos se unieron a la Iglesia en el siglo XIX. Algunos continúan practicando un extraño sincretismo entre budismo y cristianismo (cf. ELISON G., o.c., p. 222-223). Endo habla ya de las posibles confusiones entre budismo y cristianismo en el capítulo cuarto (cf. p. 120). (Piénsese en los ritos afro-americanos de los antiguos esclavos negros en el Caribe o en el Brasil, ediciones sincretistas del “woudou” del Benin).

⁵⁴ En 1639, después de Shimabara, se dio el edicto final de *Sakoku*, o total cierre de Japón al extranjero. Incluso los japoneses del exterior no podían regresar al país ya desde 1633.

⁵⁵ El paralelismo con la historia del viaje de Javier a Japón me parece evidente. El santo jesuita encuentra en Malaca al japonés Anjiro, que luego en Goa recibirá el bautismo, recibiendo el nombre de Pablo de Santa Fe (1548). En 1549 acompaña al santo en su viaje a Japón y precisamente a Kagoshima, su ciudad, donde convierte a muchos compaisanos. Fue jefe de cristianos, perseguido por los bonzos, y murió en una batalla en China (cf. ZUBILLAGA F., *Cartas y escritos de S. Francisco Javier*, Madrid, BAC, 1979 (3), p. 223, nota 57). Javier muestra siempre un gran afecto por él y una plena confianza. Kachijiro será el anti-tipo de Anjiro, como Rodrigues será el anti-tipo de Javier.

tripulantes desaparecen, es azotado y se pone a pedir perdón de manera vergonzante; sonrío servilmente a los misioneros y Garrpe llega a dudar de que sea japonés. Pero los padres sienten que no hay más alternativa que confiar en él.

Durante la travesía la actitud de Kachijiro, aterrado por la tempestad, no merece más que desprecio. Sin embargo, entre palabra japonesas dice “gracia” y “Santa María”. Los misioneros se preguntan si la fe puede hacer a un hombre tan cobarde, con su risa obsequiosa y su boca maloliente. El es el primero en saltar a la playa y desaparecer rápidamente. Estamos en Tomogi. Los misioneros no dudan en compararlo con Judas.

Solamente más tarde y a través de otros cristianos, los padres se enteran de que Kachijiro es cristiano, que apostató ocho años antes, cuando toda su familia fue denunciada, y sólo él renegó de la fe, pisoteando la imagen de Cristo.

Rodrigues encuentra de nuevo a Kachijiro en Kabashima, una isla cercana a Goto, donde nuestro japonés aparece como un héroe. El jesuita lo obliga a confesarse, lo que el japonés hace con toda humildad. Es débil, pero con buena voluntad.

Seis días más tarde regresan a Tomogi, donde los guardias están rastreando el territorio porque tienen noticias de la presencia de los padres portugueses⁵⁶.

Rodrigues empieza a sospechar que Kachijiro es el causante de todo y que detrás de su fingido servilismo se halla en una terrible situación: no perder su reputación de buen cristiano – él ha traído los padres – y preservar su propia vida. Un anciano samurai pide que tres campesinos de Tomogi vayan a Nagasaki, y Kachijiro es elegido en tercer lugar, después de Ichizo y Mokichi. De hecho, también en la aldea se empieza a sospechar de él como “informante”. Endo nos dice que Kachijiro, como un perro apaleado, fijaba miserablemente sus ojos llenos de resentimiento sobre el P. Sebastián. Más tarde no dejará de preguntar: “¿Por qué Dios nos impone este sufrimiento? ¿qué mal hemos hecho?” Nuestro misionero se siente cada vez más afectado por las preguntas del despreciable pescador⁵⁷.

En Nagasaki los tres hombres pisotean el *fumie*, pero sólo Kachijiro se atreve a escupir y blasfemar el nombre de la Virgen María y es liberado. De esta manera, nuestro oscuro personaje es apostata por segunda vez.

Algo más tarde, después de una larga caminata solitaria pues Garrpe y Rodrigues se han separado, éste vuelve a escuchar la inconfundible voz de Kachijiro que lo llama “Padre”. Entramos aquí en la compleja escena de la traición.

Nuestro sacerdote intenta en vano correr y esquivar al japonés, que por el contrario se muestra contento del encuentro y adopta una actitud protectora. Para el padre se trata probablemente de una trampa, pues los apóstatas son usados por el gobierno como títeres. En sus intentos de huida, siempre con Kachijiro al lado, éste le da el precio de la recompensa del delator de un padre: 300 monedas de plata. Conociendo su cansancio y su hambre, nuestro astuto japonés se sienta y prepara algo de pescado salado al fuego. Rodrigues come ávidamente y luego, temiendo siempre ser vendido, se duerme al lado del pobre hombre. Por la mañana, caminando juntos, la reflexión interna del padre es una densa representación del caso de Judas, mientras empieza a experimentar una agudísima sed, a causa del pescado salado de la noche anterior. Todo parece estar calculado. Kachijiro le trae de beber y se queja de que nadie

⁵⁶ Estamos a 5 de junio de 1643, según la carta del P. Sebastián. En la cronología establecida por ELISON G., (o.c. p. XI), es efectivamente en este mes cuando la segunda expedición de Rubino, donde se halla Giuseppe Chiara, fue capturada por los guardias japoneses, tal como veremos de manera novelada al final de este capítulo 4.

⁵⁷ En una ocasión Rodrigues piensa que, a no ser por el sacerdocio, habría huido como Kachijiro (cf. p. 107).

confía en él. Cuando el sacerdote le recuerda los mártires Mokicho e Ichizo, el japonés confiesa su debilidad y el sacerdote piensa que efectivamente no todos los hombres son “santos y héroes”.

“Los hombres nacen ya en dos categorías. Los fuertes y los débiles. Los santos y los mediocres. Los héroes y los cobardes. En tiempos de persecución, los fuertes se dejarán quemar a fuego lento, se dejarán tirar al mar por amor a su fe. Pero los débiles se ven obligados a vagar por los montes, como este Kachijiro. Y tú ¿a qué categoría perteneces? Si no pesaran sobre mi conciencia mi amor propio y mi deber de sacerdote, quizá yo también habría pisado el *fumie* como Kachijiro” (p. 131).

Esta espontánea reflexión en la que nuestro protagonista se asimila a Kachijiro y toma conciencia de su orgullo sacerdotal, va ayudarnos a comprender su misterio. Pero los acontecimientos se precipitan. Dejemos a Endo contárnoslo.

“- Nuestro Señor está crucificado....

“- Nuestro Señor está coronado de espinas...

Con la simplicidad de un niño que remeda a su madre, iba Kichijiro repitiendo una a una las jaculatorias que yo le sugería. Se veía otra vez reptar a un lagarto entre las rocas blancas. Se oía en el bosque el chirrido de una cigarra. Y el vaho aromático de la hierba llegaba deslizándose entre las piedras blancas. Entonces oí las pisadas de unos cuantos hombres que se acercaban por el sendero que habíamos traído. Salieron de la maleza y se distinguían ya sus siluetas dirigiéndose hacia nosotros a paso ligero.

- ¡Padre, perdóneme! – Gritó Kichijiro lloriqueando sin alzar las rodillas del suelo-. Yo soy un hombre débil. Yo no puedo ser fuerte como Ichizo y Mokichi...

Ya los hombres me estaban agarrando y arrastrando por los pies. Uno de ellos, con un gesto de desprecio, arrojó a la cara de Kichijiro, aun arrodillado, un conjunto de minúsculas monedas de plata.

Sin decir palabra, me empujaron delante de ellos. Eché a andar entre tropezones, por el camino reseco. Una vez miré hacia atrás, pero el rostro de Kichijiro, el hombre que me había traicionado, se pedía ya en la distancia. Aquel rostro de ojos medrosos como los de una araña...” (p. 132).

Magnífica descripción en que se cumplen los presentimientos del padre. Kichijiro pertenece a ese tipo de apóstatas que colaboran servil e interesadamente con los perseguidores. Sin embargo, hay en Kichijiro una constante confesión de debilidad que no sabemos si es verdadera humildad. En la intención del escritor, y en el desarrollo sucesivo de la novela, Kichijiro será siempre el paradójico anti-tipo de Rodrigues, que finalmente acabará imitándole en la apostasía.

Nuestro hombre reaparece constantemente: en la playa, a lo largo del camino y en las aldeas que preceden Nagasaki. Su vista produce siempre reflexiones espirituales en el alma del sacerdote, con referencia a Judas y Cristo. El mendigo no faltará tampoco en la cárcel de Nagasaki. La descripción es cuidadosa. Nuestro pobre hombre ha insistido para que le dejen en el patio de la cárcel. Esta empapado por la lluvia. Cuando finalmente el sacerdote lo advierte desde su calabozo, se oye con insistencia la voz de siempre: “Padre, padre, escúcheme!”.

Su confesión es explícita: “Padre, le he estado engañando. Ya que me regañaba, empecé a odiarle a usted y a todos los cristianos. Sí, es verdad que he pisoteado la imagen santa. Mokichi e Ichizo eran fuertes. Yo no puedo ser fuerte como ellos” (p. 186), y no deja de gritar que no es razonable que Dios le exija ser fuerte. Es más, protesta diciendo que no le traicionó por dinero, sino bajo las amenazas de los guardias. Finalmente, grita a los guardias que también es cristiano, que lo encarcelen.

No hay que resaltar con qué arte está Endo llevando adelante las paradojas de la fe. Casi se diría que no toda apostasía es pecaminosa. Por otro lado el corazón de ese pobre hombre aparece siempre misterioso. ¿Estaría ahora de veras arrepentido? En la cárcel común, los cristianos lo apartan, y advierten al padre la posible trampa del apóstata, manejado por los oficiales.

La escena se hace intensa. Kichijiro pide confesión. El padre recuerda la obligación de dar el sacramento a quien lo pide. Endo insiste en describir el aspecto asqueroso del pobre japonés, sus dientes amarillentos, su mirada astuta, su sudor maloliente, sus sucios harapos... Mientras se oye su voz lastimosa confesando su apostasía por debilidad: “Soy un apóstata, pero si hubiera muerto diez años antes, habría podido ir al paraíso como un buen cristiano, no despreciado como un apóstata...” El padre también es claro: “Te daré la absolución, pero no puedo confiar en ti. No puedo comprender porqué has venido aquí” (p. 188). El sacerdote se debate internamente, sin poder perdonarle a pesar del ejemplo de Cristo, y se siente avergonzado.

Durante el traslado de Rodrigues a cuestas del burro – capítulo octavo – entre la muchedumbre que lo contempla entre desprecio e indiferencia, el único rostro conocido es el de Kachijiro, “mirándole como un perro que pide compasión” (p. 249). Incluso en el infecto calabozo final, el mendigo se presenta forcejeando la entrada para pedir por enésima vez que el padre le perdone en confesión, mientras le pregunta: “¿Por qué nací en *este* mundo?” (p. 259)⁵⁸. La absolución es ahora casi mecánica y el padre ya no prueba resentimiento, sino desprecio hacia Kachijiro. A partir de ahí, Rodrigues comprende mejor, pero se admira del papel de Judas en la pasión: “¿No había sido un títere en función de la cruz de Cristo? ¿Cómo entender entonces su eterna condenación por parte de Jesús?” Sobre el padre pesa ahora la predicción del intérprete: “Esta noche ciertamente apostatará” (p. 261).

Insensiblemente, nuestro protagonista se va sintiendo más próximo de Pedro e incluso de Judas, y ello se debe a la dialéctica interior creada por la figura de Kachijiro. De hecho, en la reflexión posterior a su apostasía, el jesuita confiesa su debilidad, y llega a preguntarse si hay alguna diferencia entre él y Kachijiro. Trágica conclusión de quien ha despreciado al débil cristiano, apóstata y traidor suyo, a lo largo de toda la novela.

Pero Endo nos trae de nuevo a escena al célebre hombre, cuando Rodrigues es ya Okada San’emon y los niños de Nagasaki lo llaman el apóstata Pablo.

El torturado cristiano pide aún ser escuchado en confesión. “soy un sacerdote renegado”, es la respuesta del padre. Pero el japonés le responde que aún tiene poder de oír confesiones y dar la absolución de los pecados.

Esta presencia del carácter sacerdotal indeleble, aun cuando el ministro sea indigno, ha llamado poderosamente la atención de los novelistas católicos⁵⁹. En nuestro autor, es el último supremo argumento de la debilidad humana, conocida y juzgada sólo por Dios, y no por los hombres. Por esto, el ardiente misionero del principio se atreve a responder ante la insistencia de Kachijiro y su innata debilidad:

“No hay fuertes ni débiles. ¿Puede alguien decir que el débil no sufre más que el fuerte? ... Puesto que en este país no hay ahora nadie más para oír tu confesión, yo lo haré... Di las oraciones después de la confesión... Ve en paz!”.

Y Kachijiro lloró suavemente; entonces salió de la casa” (p. 297-298).

⁵⁸ El subrayado es nuestro.

⁵⁹ Ese es también el caso del cura de *El poder y la gloria* de Graham Greene, capaz de consagrar el cuerpo de Cristo, a pesar de sus pecados (cf. DURAN L., *La crisis del sacerdote en Graham. Greene*, Madrid, BAC (n. 369), 1974).

No podemos dejar de subrayar esta final reconciliación de los dos apóstatas. Ese gesto tan profundamente cristiano se cumple cuando ambos han renegado exteriormente su fe, en una inextricable mezcla de debilidad y compasión.

Quizás haya en Kichijiro una extraña clave para entender toda la novela. La apostasía del fogoso misionero del principio ¿no habría sido casi la estratagema de Jesús para convertirlo en el humilde “renegado”, que muere en el “pantano japonés”?⁶⁰

Pero vale la pena preguntarnos: ¿tal posición es justificable desde el punto de vista teológico? ¿Cuál es la concepción de Dios que se esconde en esa al menos aparente negación de la fe? El Padre, revelado por Jesús ¿podría conducirnos por caminos tan paradoxales que rozan casi el absurdo cristiano?

5 El Padre Sebastián Rodrigues

5.1 Historia

La novela de Endo parece claramente inspirarse en la llamada segunda expedición del visitador Rubino, que llegó a Japón hacia principios de junio de 1643 y cuyos miembros eran los padres Pedro Marquez, Francisco Cassola, Alonzo de Arroyo y Giuseppe Chiara, además de Juan, un *dojuku* cantonés. Fueron capturados hacia finales de ese mismo mes, trasladados a Nagasaki y luego a Edo (Tokio). Allí fueron entregados al inquisidor Inoue Chikugo, que consiguió la apostasía de todos. Sólo Arroyo revocó más tarde su apostasía. Desde el principio, la idea del P. Rubino fue conseguir la conversión del P. Cristóbal Ferreira, antiguo provincial jesuita⁶¹.

Los comentaristas de la novela de Endo, como el P. Johnston, su traductor al inglés, sugieren que el protagonista de *Silence* es el P. Giuseppe Chiara, italiano, y no portugués, como el P. Sebastián Rodrigues de la novela. Sin embargo, Chiara adoptó el nombre de Okamoto San'emon según el historiador Elison⁶² y en la novela a Rodrigues le es dado el nombre de Okada San'emon. La identificación entre Chiara y Rodrigues se apoya también en los datos ofrecidos por Boxer C.R. en *The Christian Century in Japan*⁶³. Creemos que por motivos literarios, Endo ha querido hacer de Rodrigues un portugués, discípulo de Ferreira y mucho más próximo al drama de la evangelización del archipiélago nipón.

5.2 Biblia y liturgia

Una primera constatación se refiere a las fuentes espirituales y teológicas de nuestro protagonista. Indirectamente comprendemos la abundante y exacta cultura católica de Shusaku Endo. En efecto, se trata de citas bíblicas y litúrgicas a menudo en latín y que pertenecen plenamente a la psicología sacerdotal pre-conciliar, cuando todos

⁶⁰ El P. William Johnston, en su autobiografía, insinúa este argumento, cuando recuerda que Herzog, brillante profesor jesuita de la Universidad de Sophia, salió más tarde de la Compañía. Lo cual causó una terrible decepción en Endo, que había sido bautizado por él. Pero el padre se mostró mucho más humilde en su nueva situación (cf. JOHNSTON W., *Mystical Journey. An autobiography*, Orbis Books, New York, 2006, p. 109).

⁶¹ Cf. ELISON G., o.c., p. 199. *Dojuku* significa ayudante o acólito y era el nombre que recibían los novicios budistas en Japón. Siempre según la cronología de este autor, el P. Rubino desembarcó con la primera expedición en agosto de 1642 y fue capturado inmediatamente, muriendo mártir en marzo de 1643. En nuestra novela se alude al P. Rubino al principio (cf. p. 25).

⁶² O.c. p. 187.

⁶³ P. 393 (cf. “Transaltor’s Preface” p. 10).

los estudios eclesiásticos y las celebraciones católicas así como el rezo del Breviario se hacían en esa lengua⁶⁴.

Notemos en primer lugar la frecuencia de versículos de los salmos que vienen espontáneamente a los labios de nuestro P. Sebastián. No parece que durante todo el período japonés, desde su desembarco, haya tenido un breviario y haya podido rezar regularmente. No obstante, los años previos de recitación de la llamada hoy “Liturgia de las Horas” han dejado huella profunda en su alma y han forjado en parte su espiritualidad⁶⁵.

Del Antiguo Testamento aparece también alguna clara alusión al Qohelet, en un momento de soledad fugitiva en un bosque⁶⁶ y un par de recuerdos de Job y de su dificultad de orar cuando estaba cubierto de llagas⁶⁷. No falta una curiosa alusión al reposo sabático⁶⁸. Del Nuevo Testamento, San Pablo está prácticamente ausente. En cambio las alusiones a los Evangelios son muy abundantes, sobre todo a los diversos momentos e la Pasión de Cristo. Los abordaremos al hablar del “rostro de Cristo”⁶⁹. Aquí recordamos sólo que nuestro misionero no olvida el mandato de la predicación universal de la Buena Nueva⁷⁰ y las palabras de Cristo a Pedro ordenándole apacentar sus ovejas⁷¹; la necesidad de confesar el nombre de Jesús ante los hombres⁷² y el Sermón de la Montaña⁷³, especialmente el Padrenuestro⁷⁴.

Interesante también la alusión al primer mandamiento – “amar a Dios con todo el corazón”⁷⁵ – y un par de alusiones al Apocalipsis sobre los muertos que mueren en el Señor⁷⁶ y el Juicio final⁷⁷.

Pasemos ahora a señalar la presencia de la liturgia en el corazón del P. Rodrigues.

Por dos veces se cita una frase del himno de Pasión *Vexilla Regis*⁷⁸. Otra vez se cita el *Pange lingua* del Jueves Santo, mientras lágrimas caen de los ojos del padre⁷⁹. La devoción mariana no es muy abundante, pero una vez el sacerdote se pone a rezar padrenuestros y avemarías sin tener un rosario a mano⁸⁰ y otra vez intenta rezar el *Ave Maris Stella*⁸¹. También alguna vez recita el *Credo*⁸², recuerda el *Via Crucis*⁸³ y halla en el calabozo final, labradas en la pared por Ferreira, las palabras latinas *Laudate Eum*,

⁶⁴ Una admiración parecida por el latín de la Vulgata y los himnos litúrgicos hallamos en escritores católicos como Paul Claudel y Leopold Sedhar Senghor.

⁶⁵ Ver páginas 117, 121, 173, 222 y 223.

⁶⁶ Cf. p. 116).

⁶⁷ Cf. P. 154 y 159. En la queja de Kichijiro por su nacimiento, podríamos ver un eco de la maldición de Jeremías.

⁶⁸ Cf. p. 135.

⁶⁹ Cf. *Infra* 5.6.

⁷⁰ Cf. p. 46.

⁷¹ Cf. p. 47.

⁷² Cf. p. 78.

⁷³ Cf. p. 79.

⁷⁴ Cf. p. 157 y 171.

⁷⁵ Cf. p. 220.

⁷⁶ Cf. p. 173.

⁷⁷ Cf. p. 175.

⁷⁸ “Hoc Passionis tempore” cf. p. 141 y 251.

⁷⁹ Cf. p. 164. Ver también la oración “Exaudi nos” al Espíritu Santo” (cf. p. 150).

⁸⁰ Cf. p. 143.

⁸¹ Cf. p. 215. Endo nos dice que Inoue había observado la profunda devoción a María de los católicos, y por eso había añadido en su juicio al acto de pisar el *fumie*, el de escupir y blasfemar el nombre de la Virgen (cf. p. 98-99). El mismo Rodrigues se muestra algo molesto por ver entre los campesinos un gran culto a María, olvidando a Cristo (cf. *ib.*)

⁸² Cf. p. 186.

⁸³ Cf. p. 163.

fórmula típica bíblico-litúrgica⁸⁴. Los recuerdos de las fiestas cristianas de Portugal no faltan en el anciano Rodrigues. Así, el apóstata Pablo recuerda la fiesta de los Difuntos de Lisboa⁸⁵. También notamos la presencia de un himno popular en japonés: “Estamos en nuestro camino hacia el templo del paraíso...”⁸⁶.

En conjunto pues hallamos bajo la pluma de Endo una abundante presencia de textos bíblicos y litúrgicos muy adaptados a la psicología sacerdotal de nuestro jesuita, que nos introducen en el apartado siguiente.

5.3 El Sacerdote

Nuestro novelista retrata constantemente el alma de Rodrigues en su conciencia de sacerdote, con profundidad y exactitud, pero observando en ella una radical evolución desde el principio hasta el final.

He aquí algunas frases características de los primeros capítulos de la novela.

“Nosotros sacerdotes somos en cierto modo un triste grupo de hombres. Nacidos en este mundo para servir a la humanidad, desgraciadamente, no hay más que el solo sacerdote capaz de estar a la altura de su misión”⁸⁷.

“Nunca he sentido tan profundamente de qué manera es significativa la vida de un sacerdote. Estos cristianos japoneses son como una barco perdido en la tempestad sin mapa alguno. Sin un sacerdote o hermano, para animarlos y consolarlos, los veo perdiendo gradualmente la esperanza, errando desorientados en la oscuridad”⁸⁸.

Particularmente intensa la reflexión del misionero después de administrar el bautismo por primera vez desde su llegada a Japón. Recuérdese que la ceremonia ocurre en la noche, de forma clandestina, en una choza del bosque, sin ninguna solemnidad exterior, mientras uno de los campesinos monta guardia a fuera y el niño llora:

“Nunca he sentido un gozo tan grande como cuando oí las preces del bautismo, que Garrpe recitaba con voz grave: esa felicidad sólo la pueden gustar los misioneros fuera de su patria. El niño – húmeda la frente del agua bautismal – se puso a hacer pucheros y rompió a llorar. Cabecita menuda, ojos rasgados, una cara que algún día será la de un labriego más, como Ichjizo o Mokichi. Y un día también este niño, igual que sus padres y abuelos, trabajará como un animal en esta tierra angosta y mísera frente a un mar oscuro, y como un animal acabará sus días. Pero Cristo no murió por los elegantes ni por los buenos. Morir por los buenos, por los exquisitos, es cosa fácil; pero morir por los miserables, por los podridos, eso es algo muy difícil. Lo veía en aquellos momentos con toda claridad”⁸⁹.

En otra ocasión, Garrpe y Rodrigues temen caer en una trampa abriendo la puerta de la choza a la lastimosa llamada de “Padre, padre! ... Somos campesinos de Fukazawa. Desde hace mucho tiempo hemos estado deseando encontrar un sacerdote. Queremos confesar nuestros pecados”⁹⁰.

⁸⁴ En la narración del martirio de los mártires de Nagasaki (1597), se cuenta que algunos cantaban el salmo 112 *Laudate pueri Dominum*, que se les enseñaba en el catecumenado (cf. Oficio de lecturas del 5 de febrero, en la Liturgia de las Horas). (Cf. p. 255 de nuestra novela).

⁸⁵ Cf. p. 273.

⁸⁶ Cf. p. 102, 105, 182 y 252.

⁸⁷ P. 42-43.

⁸⁸ P. 60.

⁸⁹ P. 71. No podemos dejar de ver aquí un preanuncio de lo que será Kichijiro, y detrás de él todos los miserables a lo largo de la novela.

⁹⁰ P. 72.

Nuestro misionero, haciendo caso omiso de Garrpe que le intenta detener, llamándole imbécil, sigue la voz interior: “Y si fueran cristianos, ¿qué harías? Yo era sacerdote, nacido para servir a los hombres, y sería una vergüenza ser infiel a ese servicio sólo porque la carne es flaca...”⁹¹. De hecho se trataba de dos exhaustos cristianos venidos a pié desde las islas de Goto, advertidos por Kichijiro de la presencia del sacerdote.

Resaltamos de nueva la aguda y generosa conciencia de nuestro P. Sebastián a penas llegado a Japón. Ciertamente, toda esta región evangelizada en tiempos gloriosos, está ávidamente esperando sacerdotes⁹².

Escuchemos todavía esta bonita confesión de nuestro misionero al final del capítulo tercero, cuando sin embargo los guardias están ya al acecho:

“Desde que llegué al Japón, todo ha marchado mejor de lo que imaginaba. Sin tener que lanzarnos a aventuras peligrosas, hemos conseguido encontrar nuevos grupos de cristianos; y hasta el día de hoy los guardias no se han dado cuenta de nuestra existencia. Tengo incluso la impresión de que el padre Valignano en Macao tiene un miedo exagerado a las medidas represivas de los japoneses. Sentía invadirme el pecho una emoción repentina, que era mitad gozo mitad felicidad. Era la emoción gozosa de sentirme útil. Sí, soy útil a los hombres en este rincón del mundo, en este país que usted jamás ha visto”⁹³.

El sentido del deber sacerdotal reaparece a lo largo de los capítulos de la persecución y la captura, así como el de la necesidad del sacerdote para la administración de los sacramentos⁹⁴, conservando la conciencia del sacerdocio y evitando la apostasía⁹⁵.

Ya en la cárcel, nuestro sacerdote, al recibir una porción de sandía de una pobre cristiana también encarcelada, piensa en sus adentros que “desde su llegada a este país no había dado a estos cristianos miserables otra cosa que molestias. Ellos le habían conseguido un refugio, el mismo blusón que vestía, le habían dado de comer. Ahora era el momento de darles algo; pero él nada tenía que dar. Tan sólo podía ofrecerles su vida y su muerte”⁹⁶.

A partir de su captura – capítulo quinto – el sacerdote empieza a ser presionado para apostatar. El primer viejo samurai que lo entrevista emplea ya el consabido argumento: los campesinos son imbéciles, todo depende de los sacerdotes. Si el sacerdote apostata, los cristianos serán liberados. No se trata pues de hacer mártires, como en Omura y Nagasaki⁹⁷, sino de renunciar a la fe. E insiste: “Es por su culpa que ellos han de sufrir”⁹⁸.

Obsérvese también esta descripción de la llegada a Omura, clásico lugar cristiano, donde se aprecia la imposibilidad de la pastoral sacerdotal en público:

“Al saltar el padre a tierra se produjo entre ellos un griterío. Después, cuando cruzó por la multitud, escoltado por los samurai, el padre se encontró con unos cuantos rostros de hombres y mujeres que le contemplaban con una mirada dolorida. El callaba. Aquéllos rostros también callaban. Según iba cruzando por delante, con un movimiento imperceptible de su mano les iba dando la bendición.

⁹¹ Ib.

⁹² Se trata del distrito de Odomari, con pueblo como Miyahara, Dozaki y Egami (cf. p. 75).

⁹³ P.81- 82. La crisis final será precisamente la acusación de inutilidad como sacerdote. Ferreira sí es útil como traductor, pero intentar convertir el Japón es imposible (cf. p. 231-231).

⁹⁴ Cf. p. 107, 120-121, 123.

⁹⁵ Cf. P. 131.

⁹⁶ P. 136.

⁹⁷ En Nagasaki hubo dos grandes martirios en 1597 y en 1622. (Sobre Omura, ver: p. 160-161).

⁹⁸ P. 141-142.

Y entonces aquellos rostros, azorados, se inclinaban hacia tierra y algunos hasta desviaban la mirada. En tiempos normales, éste sería el momento de depositar en aquellos labios cerrados el pequeño pan de la eucaristía, pero él, ahora, no tenía cáliz, ni vino, ni altar donde celebrar⁹⁹.

Más tarde, para comparece ante Inoue, le dan un hábito de monje budista. Al terminar el duro interrogatorio, al marcharse el tribunal, nuestro P. Sebastián vuelve a su calabozo: “Entonces, sin razón alguna, una violenta emoción se apoderó del pecho del sacerdote y las lágrimas cayeron de sus ojos. Era como el sentimiento vivido de haber realizado algo grande¹⁰⁰”.

A pesar de las presiones, el jesuita conserva aún su conciencia sacerdotal. No ha confundido a los cristianos, no ha estorbado su fe. En este mismo sentido, sabiendo que sólo el acedote puede absolver de los pecados, absuelve a Kichijiro. El gesto se repite poco antes de su apostasía.

Entre ambas escenas tenemos todavía una clara conciencia sacerdotal de camino al encuentro con Ferreira, y sobre todo ante la sutil argumentación del ex provincial en favor de su utilidad para los japoneses como traductor y médico:

“Todo ese tiempo el padre le miraba con tristeza parpadeando continuamente. Era verdad. Ayudar a los demás, ser útil a los demás, ése era el único deseo, el único sueño de un sacerdote. La soledad del sacerdote comienza cuando deja de ser útil a los demás. Y pensó que Ferreira, ahora que había apostatado, seguía sin poder liberarse de aquel clima psicológico de antaño. Lo mismo que una mujer que pierde el juicio sigue forzando a un niño a tomar el pecho, Ferreira se agarraba como una lapa a su antiguo ideal de querer ser útil a los demás¹⁰¹”.

En este momento, para el P. Sebastián, la utilidad sacerdotal es todavía religiosa y espiritual, se halla en el ministerio que le ha sido confiado para la salvación de los hombres. En cambio, incluso el intérprete se apunta a la visión de Ferreira, una visión que podríamos llamar “secularizada”: lo que importa no es el “camino verdadero” de Buda o del cristianismo, sino su coincidencia en el objetivo de ayudar a los demás.

El argumento reaparece en clave de compasión por los cristianos en pleno tormento, cuando Ferreira en persona le confiesa el motivo de su apostasía, ante el silencio de Dios. Nuestro hombre tiene aún una alusión a la vida eterna, pero termina pisoteando la imagen, el *fumie* – es decir apostatando.

A partir de entonces, el protagonista es consciente de que ha perdido todos sus “derechos” sacerdotales, y se considera como un “renegado¹⁰²”, aunque intenta una auto-justificación que no le acaba de convencer. Sin embargo, y a pesar de ser un “sacerdote caído”, absuelve una vez más a Kichijiro, por esa misma compasión que le llevó a apostatar. Okada San’emon explica así su gesto, exhibiendo su nueva concepción del ministerio:

“El, Sebastián Rodrigues, había tenido la arrogancia de conferir a aquel hombre un sacramento que sólo los sacerdotes en activo podían dar. Sus compañeros le atacarían violentamente, le dirían que era un sacrílego; pero aunque a ellos les traicionase, sabía muy bien que a aquél Hombre no le traicionaba. Le seguía queriendo de manera muy distinta que hasta entonces. Para llegar a ese amor todo lo sucedido hasta entonces había sido necesario.”

⁹⁹ P. 161.

¹⁰⁰ P. 182.

¹⁰¹ P. 231-232.

¹⁰² Los superiores de la Compañía expulsaron formalmente a Giuseppe Chiara en 1645.

“En estos momentos soy el último sacerdote católico en este país. . Aquel Hombre no se ha quedado en silencio. Aun suponiendo que El hubiera callado, toda mi vida hasta hoy estaría hablando de El”¹⁰³.

Adentrémonos pues en la evolución de la mentalidad del P. Rodrigues según Endo, a través de sus “diálogos” y sus “monólogos”.

5.4 Los diálogos

A ningún lector de *Silence* se le escapa la importancia de los diálogos del protagonista, P. Sebastián Rodrigues, con algunos otros personajes clave de la novela. Como ocurre a menudo en las obras de fuerte contenido ideológico¹⁰⁴. En esos encuentros se produce un intercambio profundo en el que aparecen las posiciones de los interlocutores de manera viva y concreta, y detrás de ellas el alma del escritor.

En nuestro caso señalamos los diálogos siguientes, a partir de la mitad de la novela.

El primer gran diálogo ocurre entre nuestro protagonista y el intérprete japonés, en una pequeña choza poco después de caer en manos de los guardias y de conversar con un anciano samurai, que por vez primera le propone la apostasía, como solución para liberar a los cristianos.

Como hemos observado anteriormente¹⁰⁵, el intérprete se muestra ducho en su oficio, se expresa bien en portugués y tiene una serie de argumentos para acorrallar a los misioneros, especialmente a propósito de su ignorancia de la cultura japonesa. ¿Cuáles son las reacciones del P. Rodrigues en este encuentro?

En principio guarda silencio. Luego se decide a diferenciarse netamente del conocido anti-japonés P. Cabral. Al claro ataque del intérprete diciendo que los misioneros sólo han causado perjuicios a los japoneses, intentando introducir una religión extranjera, el padre se muestra precavido, recordando la advertencia del P. Valignano sobre el arte japonés de la controversia.

Su primera afirmación sobre religión es: “Un buda no puede escapar a la muerte como tampoco nosotros podemos. Es algo diferente de nuestro Creador”¹⁰⁶. A la objeción de ignorancia, seguida de una pequeña lección de budismo, nuestro misionero responde diciendo que el budismo afirma la eternidad del mundo. El intérprete asiente. Nuestro escolástico da una síntesis de la primera vía de Santo Tomás, el “motor inmóvil” es el Creador de todo. Inmediatamente se rearguye que por lo tanto es el creador de los hombres malos. La respuesta es también clásica: Dios hizo al hombre libre y el mal está en el uso equivocado de la libertad.

El intérprete pone fina estos “sofismas” para entrar en el problema del sufrimiento con el fin de alcanzar el cielo. La respuesta es sencilla: cumplamos los mandamientos y viviremos en paz, dando gloria a Dios nuestro Creador¹⁰⁷.

Nuestro padre acaba de mostrarse bien formado en la teología escolástica de su tiempo y está contento de ello¹⁰⁸.

¹⁰³ P. 298.

¹⁰⁴ Pensamos por ejemplo en el diálogo entre el sacerdote y la condesa del *Diario de un cura rural* de Bernanos, o el diálogo entre el cura fugitivo de Tabasco y el coronel revolucionario de *El poder y la gloria*, de Graham Greene, y también en los diálogos entre el P. Drumond y el oficial de colonias de *El pobre Cristo de Bomba*, de Mongo Beti.

¹⁰⁵ Cf. supra: Los hombres, 4.4 el intérprete.

¹⁰⁶ P. 147.

¹⁰⁷ Aquí habría un eco del “Principio y fundamento” de los Ejercicios Espirituales ignacianos.

¹⁰⁸ Los jesuitas habían tenido ya por estas fechas grandes comentadores de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, como Francisco Toledo (1532-1596), Gabriel Vázquez (1549-1604) y sobre todo

De alguna manera el intérprete se da por vencido y propone la apostasía como único camino de salvación para los campesinos apresados y amenaza con el enfrentamiento al magistrado Inoue, aludiendo además a su victoria sobre varios misioneros, entre los cuales nombra a Ferreira.

Observemos la conmoción de Rodrigues. Es la primera noticia sobre su antiguo profesor desde su llegada a Japón, sin embargo niega conocerle: “Pertenece a otra congregación¹⁰⁹; nunca he oído ese nombre; nunca lo he encontrado... Vive todavía ese padre?” A la información sobre su nuevo nombre japonés, su casa y su esposa en Nagasaki, nuestro hombre corta en seco: “No le creo”, lo que termina la entrevista con una risa de desprecio del intérprete, que se marcha¹¹⁰.

Señalamos la habilidad estilística de este primer diálogo. El misionero es puesto algo en ridículo por su ignorancia del budismo, pero logra defenderse muy bien con sus argumentos escolásticos. Su noción de Dios y la salvación aparece plenamente ortodoxa y segura. Sin embargo, existencialmente se siente profundamente impresionado por la apostasía de Ferreira. Las experiencias vividas por Rodrigues le llevarán poco a poco a imitarle en su caída. La fe ¿no será quizás un opción personal, muchos más existencial que intelectual?

El segundo gran diálogo es mucho más formal. Estamos ante el tribunal. Cinco personas están sentadas frente al padre y los cristianos desde la cárcel están sin duda atentos a sus respuestas.

Las primeras palabras son extremadamente amables. Se reconoce la enorme distancia que el padre ha recorrido para llegar al Japón y se manifiesta pena por el interrogatorio. El P. Rodrigues está a punto de ceder a una oleada de sentimentalismo interior, pero resiste y permanece silencioso.

La discusión se plantea inmediatamente con exactitud, más allá de la “verdad”, el problema es el valor de la doctrina cristiana en el Japón de ese momento¹¹¹. La respuesta de nuestro misionero no puede ser más clara y ortodoxa:

“Para nuestro modo de pensar, la verdad es algo universal ... Aquí el samurai hace un momento se compadecía amablemente de mis penalidades y me dirigía sentidas palabras de consuelo por las muchas millas de mar cruzadas y meses perdidos hasta llegar a vuestro país. Pero si pensásemos que la verdad no es algo universal, ¿cómo iban a poder tantos misioneros soportar semejantes sinsabores? Si a la verdad la llamamos verdad, es porque trasciende todo país y toda época. Si una doctrina fuera verdad en Portugal y no lo fuera también en el Japón, no la podríamos llamar verdad”¹¹².

A este claro argumento de universalidad, el presidente opone el de la diferencia de tierra, pero nuestro hombre redarguye que cuando las autoridades dieron permiso para predicar, los cristianos alcanzaron la cifra de 300.000. Se pasa así del argumento ideológico al político, pero observemos que nos se toca el aspecto salvífico. ¿En las misiones, se trataría simplemente de extender una “verdad” universal¹¹³?

Francisco Suárez (1548-1617), que había enseñado en Portugal. Para la controversia, el maestro era S. Roberto Belarmino (1542-1621). Nuestro joven jesuita había estudiado todo ello en Portugal.

¹⁰⁹ En lugar de jesuita sería dominico, franciscano, agustino...

¹¹⁰ P. 151.

¹¹¹ No se olvide que estamos en pleno período Tokugawa, donde la unidad y la paz del país deben mantenerse a cualquier precio, dado el peligro de las luchas intestinas entre señores feudales y las amenazas exteriores de los grandes imperios.

¹¹² P. 178-179.

¹¹³ Tal tipo de “preparación evangélica” fue la opción del P. Mateo Ricci (+1610), cuya gran obra escrita en chino, *La verdadera doctrina del Señor del cielo*, apenas habla de Jesucristo hacia el final. La opción

Nuestro sacerdote cree estar triunfando en la controversia y se atreve a decir que todo es inútil, de todos modos, será castigado. El presidente se indigna y nuestro misionero alude a las ideas de Inoue. Se produce una risa general. El presidente del tribunal es precisamente Inoue. La sesión se levanta. El P. Rodrigues se siente inundado de emoción y las lágrimas le hacen sentir que ha cumplido su misión. Los cristianos cantan el himno japonés.

El tercer gran diálogo, apenas cinco días más tarde, es de nuevo con Inoue, esta vez claramente identificado desde el principio. Sólo el intérprete está presente junto al magistrado. Limitémonos de nuevo a las reacciones de nuestro misionero, para captar la mentalidad subyacente.

La discusión pasa ahora metafóricamente de la política – cuatro concubinas cortejan al Japón – a la eclesiología – la Iglesia pretende desposar este pueblo -. De nuevo el argumento del sacerdote consiste en resaltar la universalidad de esta “esposa” que está por encima de toda nacionalidad, y subraya la virtud de su fidelidad. Es más, acusa a algunos de arrancar el esposo – Japón – de esta esposa – la Iglesia -. De manera casi humorística, ambos interlocutores se acusan de mutuo desconocimiento. Luego el magistrado reafirma que para él el cristianismo no es una mala religión, pero concluye insistiendo en que la Iglesia no es una buena esposa para su país.

Nuestro padre no tiene tiempo de reaccionar ante el magistrado, pero silenciosamente recordará a Cristo ante Pilato al volver a su celda¹¹⁴.

Teológicamente hablando son más interesantes los encuentros con Ferreira. En ellos la dialéctica existencial alcanzará su punto culminante y también la calidad de nuestro autor para hacernos revivir la tragedia que la apostasía del padre manifestará en su plenitud.

De hecho, con una cierta intriga somos introducidos al cuarto diálogo de la novela, entre Rodrigues y su antiguo profesor¹¹⁵.

Al contrario de los casos anteriores ahora es Ferreira el que se muestra silencioso y excita así la emoción no contenida del joven jesuita. El intérprete y un anciano monje budista están presentes. La entrevista se hace por orden de Inoue.

¿Cuál podría ser su contenido ideológico?

Rodrigues no parece impresionado por la apología de Ferreira a causa de su utilidad como traductor y médico y le pone una cuestión totalmente personal:

“¿Es usted feliz?” La respuesta es sibilina: “Existen toda suerte de factores subjetivos en el concepto de felicidad” (p. 232). Nuestro misionero no quiere censurar a Ferreira o abrir de nuevo sus profundas heridas. El intérprete interviene sin que Ferreira pueda impedirlo, para hablar de la utilidad de Sawano Chuan y de su libro contra el cristianismo *Gengiroku*, alabado por el magistrado¹¹⁶. Rodrigues no puede evitar decirle: “¡Cruel! ¡ Peor que toda tortura! No puedo pensar en nada más cobarde!”. La reacción de Ferreira es aún más desconcertante: “He sido llamado para conseguir que apostate”. Continuamos pues en clave estrictamente existencial. Ferreira le muestra la cicatriz de la tortura de la fosa, inventada por Inoue. El intérprete intenta reforzar el argumento, proponiendo a Rodrigues, el último cura de Japón, convertirse en alguien

franciscana fue más directamente cristocéntrica. Nuestro P. Sebastián muestra una intensa devoción por Cristo, que sin embargo no se trasluce en sus diálogos oficiales.

¹¹⁴ Ver: infra 5.6 “El rostro de Cristo”.

¹¹⁵ Ver: supra 4.3, “Cristóbal Ferreira”.

¹¹⁶ El libro fue escrito ya en 1636, tres años después de la apostasía de su autor (traducción inglesa en ELISON G., o.c., p. 295-318).

útil. Nuestro sacerdote no deja de recordar el brillante Ferreira de Lisboa y siente compasión por este ser que “ha perdido su vida y su espíritu” (p. 235).

La conversación de convierte en confesión. Ferreira considera sus “gloriosos” 20 años de misionero como una preparación para constatar que no es posible enraizar el cristianismo en Japón. Rodrigues rebate que han querido desenraizarlo, pero Ferreira insiste en la gran comparación: “Japón es un pantano”. Las hojas del árbol cristiano se han tornado amarillas y se han marchitado. Rodrigues recuerda el floreciente cristianismo de hace unos años, pero Ferreira insinúa: “Suponiendo que el Dios en quien estos japoneses creyeron no era el Dios de la enseñanza cristiana”. Esta es la convicción de Sawano Chuan. Citemos sus palabras:

“El ser en quien entonces creían los japoneses no es nuestro Dios. Eran sus dioses. Estuvimos mucho, muchísimo tiempo sin saberlo, y quisimos creer que los japoneses se habían hecho cristianos... Y si le digo esto, no es para disculparle, o para convencerme. Es probable que nadie me haga caso. No sólo usted, los misioneros de Goa y Macao tampoco; nadie del clero europeo me va a hacer caso. Pero mire, me ha costado veinte años de misión el conocer a los japoneses. Y he visto que poco a poco, imperceptiblemente, las raíces de nuestro arbolito se habían ido pudriendo” (p. 237-238).

Nuestro joven jesuita intenta rebatir recordando la buena opinión de S. Francisco Javier acerca de los japoneses¹¹⁷, pero sólo lleva unos meses en el imperio nipón y aún desconoce la lengua. Ferreira insiste de nuevo en la incapacidad de interpretar de veras el alma japonesa, incluso más allá de las confusiones de vocabulario que se originaron al principio. Incluso en la célebre “centuria cristiana” los japoneses distorsionaron el Dios cristiano. Oigamos aún la percepción del “cristianismo” japonés de Sawano Chuan:

“Lo que yo digo es muy sencillo. Ustedes ven sólo lo externo de la labor misionera, no calan hondo en ella. Lo que se cuenta es verdad, claro que sí. En los veinte años que pasé misionando se levantaron iglesias en Kyoto, en Kyushu, en Chugoku, en Sendai. Construimos seminarios en Arima y Azuchi; los japoneses rivalizaban en hacerse cristianos. Usted hablaba hace un momento de doscientos mil cristianos en Japón. Todavía se queda corto. Llegamos a tener cuatrocientos mil” (p. 239).

Magnífico resumen de la acción misionera en los tiempos de Valignano y posteriormente. Los jesuitas vuelven a Kyoto en 1600 y en 1601 tenemos ya la ordenación sacerdotal de los primeros japoneses. Una estadística jesuita del 1609 habla de 222.000 cristianos¹¹⁸.

Pero no hay motivo para enorgullecerse. Los japoneses habían “torcido” el concepto de Dios de una manera inimaginable. Ferreira de una manera muy oriental, recurre a una parábola:

“Es como una mariposa atrapada en la tela de una araña. Al principio ciertamente es una mariposa, pero al día siguiente aunque por fuera tenga alas y tronco de mariposa, son sólo restos vacíos. En este Japón le pasa a nuestro Dios lo mismo que a la mariposa en la tela de araña; el aspecto y la forma siguen pareciendo de Dios, pero han pasado a ser restos vacíos” (p. 240)¹¹⁹.

¹¹⁷ Javier estuvo dos años en Japón (1549-1551), y efectivamente en su primera carta del mes de noviembre de 1549 hace grandes elogios de Japón, por contraste con los pescadores de Cochín.

¹¹⁸ Cf. KAZUO KASAHARA, *A History of Japanese Religion*, Tokyo, Kosei, 2001.

¹¹⁹ Nos preguntamos si esta sutil argumentación refleja quizás el alma de Endo y su propia visión del cristianismo japonés. Por otro lado ¿es posible captar en su núcleo y en sus matices el “concepto” de Dios de un corazón humano? ¿Nuestros cristianos de Occidente tienen *todos* un concepto exacto del Dios

Nuestro Rodrigues intenta el supremo argumento de los mártires: ¿cómo se puede afirmar que no son cristianos los japoneses que mueren por Cristo? Nuestro padre es aquí testigo ocular de torturas y muertes. Afirmar lo contrario le parece una blasfemia. Pero el exprovincial deliberadamente enfatiza cada palabra de su respuesta: “Los japoneses hasta el día de hoy, ni han tenido la idea de Dios ni la podrán tener jamás” (p. 241). La afirmación cae como una pesada, enorme, inmóvil piedra sobre el corazón del P. Sebastián.

“Los japoneses son incapaces de pensar en un Dios totalmente distinto del hombre, no pueden concebir una existencia que trascienda la humana ... Los japoneses idealizan al hombre, lo amplifican y al resultado lo llaman dios. Llamam dios a un ser que tiene la misma existencia que el hombre. Pero éste no es el Dios de la Iglesia” (p. Ib.).

Nótese que Ferreira evita el argumento del martirio. Nótese también la extrema precisión filosófica de sus afirmaciones, que delatan la excelente formación occidental de Endo. Se diría que hay aquí una victoria del racionalismo aristotélico aplicado a la cultura japonesa. En Ferreira no aparece ningún atisbo de consideración mística o simplemente espiritual. Su racionalismo lo separa a él, del Dios de Jesús y lo convierte en un puro humanista ético: vale la pena sólo ser “útil” traduciendo libros de ciencia y curando enfermos.

Por otro lado, nuestro buen P. Sebastián, que como veremos tiene una acendrada devoción por Jesús, tampoco es capaz de superar el impacto de ese racionalismo, y es cierto que el aspecto exterior del cristianismo, sus celebraciones, sus imágenes gloriosas, sus estadísticas misioneras, pesan mucho en su corazón, y todo esto es absolutamente impensable en el Japón en que está viviendo después del edicto final de Sakoku en 1639.

Un último intento de Rodrigues a favor de la trascendencia del cristianismo y la Iglesia en relación a las culturas y los pueblos, y a favor de la misión universal es también rechazado por nuestro apóstata, que confiesa: “La misión ha perdido su sentido para mí”.

El intercambio final es corto y significativo: Ferreira ya no es el padre de Lisboa que Rodrigues conoció, ahora es Sawano Chuan, con la mujer y los hijos de un japonés ejecutado.

Desde el punto de vista ideológico nos parece ver una notable coincidencia entre Inoue y Ferreira en la pluma de Endo. Uno japonés y otro portugués, per los dos apóstatas de la fe cristiana y convencidos del “pantano” nipón, en el que el cristianismo no puede prosperar.

No hay que decir el impacto de estas ideas sobre nuestro misionero que reflexiona larga y penosamente sobre ellas¹²⁰.

El próximo gran diálogo es aún con Sawano Chuam, pero esta vez en el infecto calabozo, antesala de la tortura del foso, y con los gemidos de los cristianos colgados sobre él, como música de fondo. El contexto y el intercambio es aquí profundamente existencial. Ferreira ha de poner en juego toda su habilidad psicológica para lograr la apostasía de Rodrigues. El chantage, apelando a la virtud cristiana de la compasión caritativa, va a llegar a la perfección.

revelado por Cristo? Sin llegar a una teoría *totalmente* negativa, no debemos olvidar que aún después de la revelación, Dios es un misterio, para no caer en el semi-racionalismo de Gunther et Frohschammer (cf. DS n.2909).

¹²⁰ Cf. Infra 5.5 “Monólogos”.

Durante la terrible noche, Rodríguez cree que el oscilante rumor de afuera corresponde a los ronquidos de un despreocupado guardián. El intérprete, que ha profetizado su apostasía, le cerciora de que se trata de los cristianos torturados. Ferreira le acompaña. El japonés comprueba que el padre no se ha suicidado y da paso al exjesuita: “Sawano! El resto es para usted!”.

La primera revelación de Ferreira consiste en decirle a Rodríguez que él estuvo en este mismo calabozo¹²¹, y que fue precisamente él quien labró en la madera de la pared la frase latina: “Laudate Eum”.

Nuestro misionero intenta atajar las seductoras insinuaciones de Sawano – “Calle! No tiene derecho a hablar así!” (p. 265) – Pero el anciano continúa:

- “Ningún derecho. Así es, ningún derecho. Después de toda una noche escuchando estos gemidos, ya no pude seguir alabando al Señor. Si yo apostaté no fue porque me colgasen de la fosa. Tres, días, aquí donde me ve, tres días colgando cabeza debajo de una fosa repleta de excrementos... y no se me escapó una sola palabra que traicionase a Dios. –Ferreira alzaba la voz como un aullido.- Si yo apostaté..., ¿se lo digo? Oigalo bien claro. Apostaté porque después del tormento me trajeron aquí y escuché los gemidos de esa pobre gente y Dios no hizo nada por ellos. Le recé a Dios como un desesperado, pero Dios no hizo nada por ellos.

- Cállese de una vez.

- Sí, usted rece, rece ... Esos cristianos saborean ahora una agonía insoportable que personas como usted ni siquiera sospechan. Desde ayer. Todo este rato. Ahora, en este mismo momento. ¿Por qué van a tener ellos que sufrir así? Y sin embargo usted no hace nada por ellos, ¿no es así? Y Dios tampoco” (p. 265-266).

Nos interesaba reproducir las palabras de Ferreira que son aquí el testimonio de un desesperado misionero, encarcelado, testigo impotente del martirio lento de sus fieles. El recuerdo es muy intenso, pero prestemos atención al argumento. ¿Qué está pidiendo Ferreira en su oración? Todo parece indicar una milagrosa liberación de los atroces suplicios de los cristianos. ¿Qué otra cosa podía satisfacer el grito de este padre? Y Dios no hace nada.

Reflexionemos. El Padre no liberó a su Hijo de sus sufrimientos, ni en Getsemaní, ni mucho menos en el Calvario, cuando en tono de burla, se pedía el signo definitivo de la liberación de la cruz (cf. Mt 27, 40). Lo que hacía Dios invisiblemente pero con eficacia suprema era sostener el alma de su Hijo hasta el final y lo mismo hace con sus mártires. De hecho no leemos normalmente que los testigos de la fe sean liberados de sus suplicios y de la muerte¹²². Estas salvaciones espectaculares “in extremis”, son quizás más propias del Antiguo Testamento¹²³.

El argumento de Ferreira pues causa un gran impacto psicológico sólo cuando las verdaderas raíces de la fe en Cristo están ya socavadas. Aquí el anterior argumento de nuestro apóstata se vuelve contra él, quizás el que no tiene un “concepto” exacto del Dios cristiano, y más aún, una experiencia profunda de su gracia, no es el pueblo del Japón, sino precisamente él, en aquel momento supremo de su vida, en que fue

¹²¹ Nos remontaríamos a octubre de 1633, fecha de la apostasía de Ferreira. En 1643, Ferreira tendría unos 60 años.

¹²² Algún signo de este tipo no falta en el relato de algún martirio (cf. San Policarpo y la “huída” del fuego), pero la casi totalidad de testimonios auténticos nos hablan de una muerte en medio de sufrimientos, aunque a menudo vividos en paz. Así fue el martirio de Nagasaki en 1597.

¹²³ Por ejemplo la Susana del libro de Daniel.

conminado tan hábilmente a la apostasía. Y lo peor es que ahora está induciendo al joven discípulo a recorrer el mismo camino y tomar la misma decisión¹²⁴.

Por lo demás, el chantaje es perfecto. El oficial le dice a nuestro hombre que esos cinco cristianos suspendidos en el foso ya han apostatado muchas veces, pero que sólo si él apostata serán liberados. Ferreira describe su propia tortura con todo realismo, para excitar la compasión de Rodrigues, que por fin halla una solución al terrible dilema: “A cambio de estos sufrimientos terrenos, esta gente recibirá en premio la alegría eterna”.

Este nos parece el camino justo, la única respuesta cristiana posible, la de la esperanza, fruto de la fe en el amor de Dios.

Pero aquí de nuevo el secularizado Ferreira interviene sagazmente: “No te engañes!...No disfraces tu propia debilidad con esas bonitas palabras”, y pasa entonces al sutil argumento del orgullo eclesiástico de nuestro pobre jesuita:

“Tú te haces más importante que ellos. Tú estás preocupado por tu propia salvación. Si dices que apostatarás, esa gente será sacada de la fosa. Será liberada de sus sufrimientos. Y tú rehúas hacerlo es por tu miedo a traicionar la Iglesia. Tú temes ser el deshecho de la Iglesia como yo...Aunque yo era lo mismo que tú. En aquella fría negra noche, yo también era como tú ahora. En aquella fría negra noche, yo también era como tú ahora. Sin embargo ¿es éste tu camino de amor eficaz? Un cura debe vivir la imitación de Cristo. Si Cristo estuviese aquí...” (p. 268).

Obsérvese la introducción de una nueva razón. Rodrigues sabía, al menos en su subconsciente, como lo sabía Ferreira, que la apostasía ha merecido siempre la excomunión eclesiástica, y en las órdenes religiosas la inmediata expulsión. El temor de incurrir en tales penas y quizás más aún el descrédito personal y de la Orden, pueden ser pues un elemento que forma parte de la decisión de no apostatar. Pero en las palabras de Ferreira aparece también una clara distinción por no decir una posible oposición, entre las leyes eclesiásticas y la imitación de Cristo. El tema nos parece de acuciante actualidad.

De hecho el anciano misionero se atreve a proclamar con voz potente: “Ciertamente Cristo habría apostatado por ellos”. Al grito: “No, No!” de nuestro joven, Ferreira reafirma: “Por amor, Cristo habría apostatado. Aunque ello significase abandonar todo lo que había hecho.” Detengámonos de nuevo para analizar si esta presentación del “amor” de Cristo corresponde al Evangelio, aunque parezca tan “humana”.

¿Cómo podríamos concebir la “apostasía” de Cristo?

Para Cristo apostatar significaría rechazar la misión recibida del Padre, e incluso, en profundidad, renegar de su propia identidad de Hijo de Dios ante el tribunal, si tal acción hubiese podido reportar una auténtica liberación del pueblo de sus sufrimientos o de su esclavitud.

Históricamente, la posición de Cristo ante los dos tribunales, religioso y civil, es la contraria. En ambos casos manifiesta una fidelidad absoluta al Padre y a su propia misión, aún sintiéndose “abandonado” en la cruz. Es más, poco antes había declarado que el mayor amor consiste en dar la vida (Jn 15, 13). El supremo amor de Cristo, del que nadie nos podrá separar (Rm 8, 35), no se manifiesta pues en ninguna clase de “apostasía”, sino en la “confesión” heroica hasta el *consummatum est* final (Jn 19, 30). Por paradójico que pueda parecer, éste fue el amor de Cristo, reflejo del amor del Padre

¹²⁴ Siendo Ferreira un caso histórico, nos abstenemos por completo de todo juicio sobre su persona, y nos concentramos en la dialéctica de la novela de Endo.

por la humanidad (Jn 3, 16), por todos y cada uno de los seres humanos. Su verdadera “compasión” está precisamente ahí.

Sin embargo los personajes de nuestra novela avanzan por otros caminos.

Ferreira se muestra más persuasivo que nunca, sosteniendo gentilmente a nuestro padre por la espalda e insistiendo en que este acto, el más penoso de su vida, es más importante que el juicio de la Iglesia y el trabajo misionero. Cuando ya el “fumie” está ante el joven, no deja de decirle: “Ánimos!”, mientras el intérprete vuelve a su idea de que es sólo una formalidad.

Endo pone en boca de Jesús unas comprometedoras palabras que dejamos para el apartado sobre “el rostro de Jesús”¹²⁵.

Creemos que el diálogo que acabamos de presentar y que termina en el gesto de apostasía de Rodrigues logra dar el clímax de la historia de este drama de modo perfecto, más allá de la discusión teológica que suscita. No podemos olvidar que se trata de una reconstrucción histórica novelada de apostasías reales, tanto la de Ferreira como la de Rodrigues (Giuseppe Chiara). Endo ha sabido dar razón del posible proceso psicológico y espiritual que explica los acontecimientos.

El último diálogo importante de la novela ocurre en el capítulo décimo entre Inoue y el que ahora se llamará Okada San’emon. Lo hemos analizado previamente¹²⁶. El magistrado expone argumentos muy próximos a los de Ferreira y nuestro protagonista manifiesta resignación, no le importa ya ser considerado como una vergüenza en la historia de la misión, y se limita a escuchar la perorata, a la que ya está acostumbrado.

5.5 Los Monólogos

Tratándose de una novela altamente psicológica, reflexiones y diálogos interiores se hallan constantemente en sus páginas. Por nuestra parte nos limitaremos a presentar aquellos momentos de la obra en que el pensamiento del protagonista se expresa con mayor claridad y sobre todo manifiesta un hito en su evolución personal.

Estos “monólogos” nos permitirán captar algo mejor la personalidad del P. Sebastián Rodrigues tal como ha sido concebida por Endo, así como las características de su fe y de su espíritu misionero. De alguna manera estamos completando lo que hemos previamente estudiado en el apartado 5.3 “El sacerdote”. Reservamos para otro apartado la relación directa con Cristo¹²⁷.

Los primeros capítulos del relato ofrecen a menudo recuerdos “gloriosos”. Nuestro padre se acuerda de grandes misioneros del pasado, comenzando por San Francisco Javier, cuyo sepulcro ha podido venerar en Goa y por el P. Alejandro Valignano, así como de tantos otros jesuitas que han predicado en Japón e incluso han padecido el martirio¹²⁸.

Notamos un primer desencanto del P. Sebastián después de asistir al martirio de los cristianos de Tomogi, Ichizo y Mikichi, que mueren en el tormento de la marea, entre gemidos casi animales:

“Habían sido martirizados. Pero ¡qué martirio! Yo había leído acerca del martirio en las vidas de los santos cómo las almas de los mártires habían ido a la

¹²⁵ Cf. *infra* 5.6

¹²⁶ Cf. *supra* 4.5

¹²⁷ Cf. *infra* 5.6

¹²⁸ Hallamos entre otros estos nombres históricos: Cerqueira, Organtino, Gomes, Lopez, Gregorio, Gil de Mata, Matsuda, Coros, Gabriel, Javier, Cabral, Valignano, Torres, Ishida, Frois, Almeida, Navarro, Carvalho (p. 50; 57; 95; 158; 203).

patria del cielo, como habían sido colmadas con la gloria del paraíso, cómo los ángeles habían tocado las trompetas. Este era el espléndido martirio que había visto a menudo en mis sueños¹²⁹.

Pero el martirio de estos cristianos japoneses que ahora os describo no fue una cosa gloriosa. ¡Qué miserable y penoso asunto! La lluvia caía incisamente en el mar y el mar que los mató se levantaba misteriosamente en silencio” (p. 103-104).

Es más, para excluir todo tipo de veneración, los cuerpos son reducidos a cenizas y echados al mar, que será la tumba de estos dos campesinos japoneses que creyeron en “nuestra palabra”. Es verdad que piensa también en la “eterna felicidad”, pero no deja de sentirse afligido en su corazón. Incluso su experiencia inicial de clandestinidad y huidas le empieza aparecer el fin de sus “gloriosos sueños”.

Hay pues una cierta ingenuidad misionera en los atrevidos apóstoles, llenos aún de ideas recibidas en el seminario. Esta desilusión irá acrecentándose, aunque no falten momentos de intensa fecundidad apostólica, como hemos visto en el apartado sacerdotal.

Interesante también la reflexión que el misionero se hace el día en que es arrestado, cuando se halla pacíficamente en una choza del bosque. Este era el día que había previsto con una mezcla de miedo y ansiedad. Nuestro padre siente una especie de insatisfacción, de desilusión por no haber tenido el privilegio de ser un héroe trágico como tantos mártires y el mismo Cristo¹³⁰.

Veamos también una sencilla reflexión sobre el pecado que nuestro prisionero hace al constatar la alegre indiferencia de los guardias que lo custodian:

“El pecado no es lo que corrientemente se piensa, no es robar o decir mentiras. Pecado para un hombre es caminar brutalmente sobre la vida del otro y olvidar completamente las heridas que deja atrás. Por primera vez una oración verdadera subió de su corazón” (p. 144).

Se trata de una maduración espiritual hacia la compasión realmente muy cristiana, que tendrá un desenlace crucial a lo largo del relato.

Algo más adelante, constatando su dificultad en orar, mientras es transportado en un bote, después de pronunciar: “Hágase Señor tu voluntad!” reflexiona:

“Aun cuando sus trémulas palabras parecían semejantes a las de tantos santos que se habían confiado a la Providencia de Dios, él sentía que las suyas eran diferentes. ¿Qué te está pasando? Se preguntó a sí mismo. Estás empezando a perder tu fe! Dijo una voz desde el profundo de su ser y esta voz le llenó de disgusto” (p. 157).

Cuando el bote llega a Yokose-no-Uva¹³¹, antiguo puerto cristiano del que había oído hablar a Valignano, nuestro sacerdote contempla sólo cenizas. El lugar ha sido quemado y sus habitantes dispersados. Oigamos su lamento:

“El mar y la tierra estaban silenciosos como muertos; sólo el lento sonido de las olas lamiendo el bote rompía el silencio de la noche. ¿Por qué nos has abandonado de forma tan completa? Osó decir con débil voz. Hasta la aldea fue construida para Ti, y Tú ¿la has abandonado en sus cenizas? Hasta cuando el pueblo ha sido sacado de sus casas ¿no les has dado ánimos? ¿Te has quedado así, silencioso, como esta oscuridad que me circunda? ¿Por qué? Al menos dime

¹²⁹ Imágenes de la hagiografía piadosa y de las representaciones barrocas del triunfo de los santos de los que la Roma de los siglos XVI y XVII está repleta.

¹³⁰ Cf. p. 135.

¹³¹ Ver la historia de la fundación de este puerto lusitano-jesuita en SCHÜTTE, *o.c.*, p. 710-711.

porqué. No somos fuertes como Job afligido con su lepra como prueba. Hay un límite a nuestra capacidad de soportar. No nos des más sufrimientos” (p. 159).

Ante el obstinado silencio de todo, el padre se pregunta: “¿Estaré dirigiéndome a la caída?...y sintió que sólo si la gracia le daba ánimo y fuerza podría soportar algo más” (ib.).

Observamos sólo el choque interior entre un recuerdo de un cristianismo en Japón, pintado con los vivos colores de la tradición portuguesa y la terrible constatación de su destrucción total, en medio de un sepulcral silencio. ¿Qué respuesta podía esperar de Dios? ¿Una victoria militar? ¿Un milagro? La idea de la “gracia” es más acertada, pero ¿será posible confiar en ella en medio de la “noche”?¹³²

Algo más adelante, observando el color negro de la sangre de una víctima en el patio de la cárcel, nuestro padre se interroga con perplejidad:

“Un hombre ha muerto, y el mundo exteriormente avanza como si nada hubiese ocurrido. ¿Puede haber algo más absurdo? ¿Esto es el martirio? ¿Por qué callas? Aquí, este hombre de un solo ojo, ha muerto por ti. Tú lo has de saber. ¿Por qué continúa ese silencio? (...) No lo puedo soportar.

“Kyrie eleison!” Señor ten piedad!...Señor no me abandones más. No me abandones de este modo tan misterioso. ¿Esto es orar? Durante mucho tiempo he creído que orar es aclamar tu alabanza y tu gloria, pero ahora cuando te hablo me parece como si solamente blasfemara. El día de mi muerte ¿también el mundo proseguirá sin descanso su camino, indiferente, como ahora? Después de que sea asesinado ¿la cigarra cantará y las moscas zumbarán con sus alas induciendo al sueño? ¿He de ser héroe hasta este punto? Y con todo ¿estoy buscando el verdadero martirio escondido, o precisamente una muerte gloriosa? ¿Es esto lo que quiero, ser honrado, que me recen, que me llamen santo?” (p. 195).

El debate interior de Rodrigues es muy profundo. Sus gloriosas ilusiones misioneras se están hundiendo por momentos y la verdad de sus motivaciones empieza a hacerse consciente de modo agudo.

Sin duda, la hagiografía tradicional cristiana – el *Flos Sanctorum* – que tan positivamente influyó en Ignacio de Loyola al principio de su conversión, había creado una imagen espléndida del martirio y de la santidad. Por otro lado, nuestro sacerdote había también recitado muchas veces los salmos que manifiestan un idéntico sentimiento de soledad y abandono. En el apartado siguiente veremos el intento de un camino cristológico para superar esa crisis profunda. Pero el desenlace final será a pesar de todo la apostasía en un inextricable momento de debilidad y compasión. ¿Qué nos querrá decir Endo a través de ello? Las expresiones utilizadas en el párrafo contribuyen a despertar una cierta “comunidad” del lector con la atormentada conciencia del padre, que teme “blasfemar”. Sin duda, literariamente, el autor logra ir evocando esa actitud compasiva en el posible lector.

Durante la noche que sigue al segundo encuentro con Inoue, nuestro hombre tiene una larga reflexión que conviene notar. Después de meditar en Cristo, Rodrigues recuerda las historias gloriosas y terribles de jesuitas mártires en Japón – Navarro, Carvallo y Gabriel¹³³ -.

¹³² ¿No tendríamos aquí una purificación de la vocación misionera, que se parecería a las “noches oscuras” de la vocación contemplativa? En su obra sobre San Francisco Javier, el P. Léon-Dufour habla de estas purificaciones de la vida activa (cf. LEON-DUFOUR X., *Saint Francois Xavier. Itineraire mystique de l'apotre*, DDB, Paris, 1997).

¹³³ Todos estos nombres aparecen en SCHUTTE o.c., y en el *Diccionario histórico*, o.c.

En la relativa apacibilidad de la cárcel, Rodrigues rememora los primeros días de su llegada a Tomogui y sus huidas por las montañas y su resolución de morir si era apresado.

“Pero ahora su resolución de alguna manera se había debilitado. Levantándose del suelo y sacudiendo su cabeza, se preguntó si su ánimo había empezado a fraccionarse. ¿Era ello a causa de la vida que llevaba? Entonces, de repente, desde lo hondo de su corazón, alguien le habló: “porque tu vida aquí es tan agradable” (p. 204).

En efecto, ahora tiene tiempo de orar y come a tiempo. “Por vez primera, le vino la idea de que los oficiales japoneses y su magistrado, como la araña que espera agarrar la presa en su tela, se movían por una sola razón, estaban esperando debilitar su espíritu” (p. 205).

Encontramos pues aquí la conciencia de un factor exterior. Sabiendo ya que la nueva política de Inoue considera un error hacer mártires como en Omura y Nagasaki¹³⁴, ahora se trata de lograr apostasías. Este era el sentido de la forzada risa del señor de Chikugo mientras se frotaba las manos. El misionero empieza también a sospechar que cuando se sienta más relajado, vendrá de improviso la tortura. Todo ello es una prueba de la refinada inteligencia japonesa. Ello explica incluso la caída del gran hombre que era Ferreira. Para Rodrigues se trata de emplear “medios diabólicos” (p. 206).

Otra prueba de esa refinada astucia consiste en hacer que Rodrigues sea testigo del martirio en el mar de varios cristianos y de su propio compañero Garrpe. He aquí la reflexión de nuestro sacerdote: “El había venido a este país para dar su vida por los otros hombres, mas por el contrario, los japoneses estaban dando sus vidas, uno a uno, por él. ¿Qué hacer?” (p. 215).

Por primera vez se le ocurre que Garrpe debería apostatar, pues en el cristianismo lo primero es la misericordia y Dios es la misericordia misma. Habría gritado: “Apostata!” pero se contiene. Notamos pues como va avanzando la mentalidad de nuestro misionero, sometido a constantes presiones de gran intensidad emotiva y vital.

Es más, los mensajes repetidos que le hacen llegar Inoue y el intérprete le van penetrando, mientras las lecciones aprendidas en el seminario la parecen ahora meramente librescas: la misión, ¿no será un “sueño egoísta?”. Sin embargo, nuestro hombre reacciona:

“La voz (del magistrado) riendo con desprecio abrió las heridas del sacerdote, penetrando en ellas como una aguja. Sacudió su cabeza débilmente. No, no era por él que estos campesinos estaban muriendo desde tanto tiempo. Ellos habían escogido morir por ellos mismos porque tenían fe; pero esta respuesta no tenía ya poder de curar sus heridas” (p. 220).

El debate interior está aquí bien retratado y la lenta debilitación de los motivos religiosos se va constatando.

Como era de suponer otra gran reflexión de Rodrigues ocurre después de su primer encuentro con Ferreira. Había sido un día largo y penoso. Su gran cuestión no es el cambio exterior del envejecido portugués, sino hasta qué punto era verdad lo que había dicho¹³⁵.

¹³⁴ Cf. p. 142: la proposición está en boca de un Viejo samurai.

¹³⁵ Hemos comentado la argumentación de Ferreira en el apartado de los “diálogos” (5.4) y en general en el de los “hombres” (4.3).

Nuestro misionero se debate entre la consideración de un Ferreira que defiende su error y su debilidad y un Ferreira que expone con sinceridad su pensamiento y no su propia decepción. Por un lado Rodrigues no tiene suficiente experiencia misionera para rechazar sus posiciones, pero por el otro aceptarlas significa perder el sentido de su venida a este país. No, lo dicho por Ferreira es imposible. ¿Cómo podrían esos campesinos sacrificar su propia vida por una fe falsa? Es más, Ferreira se mostró triste y no dijo nada sobre los mártires, que se mostraron más fuertes que él.

Nuestro sacerdote, en este momento todavía, siente en su soledad un cierto respeto por sí mismo y una cierta satisfacción. El debate no está pues terminado y Endo prolonga hasta el final el suspense sobre nuestro protagonista.

Otro momento de intensa reflexión ocurre a su llegada a la fétida celda de los condenados. Al descubrir las palabras “Laudate Eum” en el muro, comprende que el misionero anteriormente encerrado allí no apostató, tenía una fe ardiente. “Y aquí completamente solo en la oscuridad, el sacerdote fue repleto de emoción hasta las lágrimas, pensando lo que había ocurrido. Sintió que hasta el fin él también iba a ser protegido de la misma manera” (p. 250).

No deja de ser casi cínico que este momento de tan intensa espiritualidad se venga abajo en la consiguiente entrevista con Ferreira y toda la belleza de su experiencia resulte fallida. Debemos de nuevo al arte de Endo el conducir de esta manera el hilo del drama misionero, cuya historia real somos incapaces de conocer¹³⁶.

Para mayor tensión emotiva, nuestro autor introduce la despreocupada risa de Rodrigues en el calabozo, pensando que el ruido exterior es el ronquido de los guardias¹³⁷.

Cuando se entera de que se trata del gemido lastimoso de los cristianos torturados, el padre se da cuenta de que en su orgullo, había creído ser el único que esa noche compartía el sufrimiento de Cristo: “¿Por qué esa locura?” Murmuró una voz que no era la suya. Y tú te llamas sacerdote! Un sacerdote que carga con los sufrimientos de los otros! “Señor, hasta en este momento te estás burlando de mi?” gritó en voz alta” (p. 265).

Nótese que nuestro protagonista se siente humillado pero no arrepentido. No podemos decir que ésta y sus sucesivas reacciones manifiesten verdadera humildad.

Nuestro último monólogo corresponde ya al diálogo interior de nuestro apóstata en su casa de Nagasaki. Piensa por un momento que está describiendo la vida del Japón, en su Portugal nativo, pero sabe que eso no llegará y sonrío con amargura. Sentimientos de desesperación lo inundan, cuando a través de los comerciantes holandeses piensa que su situación es conocida en Macao y Goa y que habrá sido expulsado de su misión y privado de sus derechos sacerdotales; aunque intenta escapar diciendo que sólo Dios juzga su corazón, en sus noches, inconscientemente, salta de la cama porque la Inquisición lo persigue, de manera muy realista, como en el Juicio Final del Apocalipsis (Cf. p. 275).

Oigamos sus razonamientos que son al mismo tiempo ataques:

¹³⁶ ¿Por qué y cómo apostató Giuseppe Chiara? Aquí se trata de la sutil ficción que va conduciendo a ese desenlace. Obsérvese que Endo ha preferido como protagonista a un portugués y no a un italiano.

¹³⁷ La descripción que Endo nos da es irónica. Rodrigues piensa en la vulgaridad de Kichijiro al que acaba de perdonar y en el despreciable rostro de un guardia inculto hinchado por el “sake” y cruel como un animal (cf. p. 261-262).

“¿Qué entendéis vosotros, Superiores en Macao o en Europa?” – Quería plantarles cara en la oscuridad y hablar en su propia defensa – “Vosotros vivís una vida sin preocupaciones, segura y tranquila, en un lugar donde no hay tormentas ni torturas. Ahí es donde ejercéis vuestro apostolado. Ahí sois apreciados como grandes ministros de Dios. Vosotros mandáis vuestros soldados a las filas agitadas del campo de batalla. Pero los generales que se calientan en el fuego de su tienda no deberían reprochar a los soldados hechos prisioneros...(Pero no, esto es sólo una auto-justificación, me estoy engañando a mí mismo). El cura sacudió su cabeza débilmente. “¿Por qué incluso ahora estoy intentando esta horrible autodefensa?” (p. 275).

La apostasía no ha apaciguado pues a nuestro antiguo fogoso misionero, que se debate ahora en un mar de argumentos que no acaban de conducir a una clara conclusión. Sólo nos queda analizar la evolución de su contacto con Cristo, su pasión por el rostro de Jesús y el silencio de Dios, que da título a la novela y la atraviesa de punta a punta.

5.6 El rostro de Cristo

A todo lector de *Silencio* se le hace patente desde el principio la devoción íntima, tierna y fuerte que nuestro sacerdote manifiesta por Jesús y su rostro vivo. Muy a menudo, a lo largo de estas páginas densas, Endo emplea la expresión “aquel hombre” simplemente para aludir al reflejo cristológico de la conciencia del P. Rodrigues. Tal adhesión al Señor habría podido ser su salvación, pero vamos a observar también aquí un penoso camino hacia un Cristo que finalmente se insinúa en la conciencia del protagonista de manera ambigua.

Las citas sobre Jesús en la novela serían incontables. Nos restringiremos pues a las más significativas y lo haremos por orden cronológico. No hay que decir que manifiestan un verdadero dominio de los Evangelios por parte de Endo.

Ya en el capítulo primero hallamos una larga reflexión que es como el punto de partida de la pasión del P. Sebastián por Jesús. Estamos todavía en Macao y la expedición clandestina se va preparando. Después de citar el envío apostólico de Marcos 16, 15-16, el joven misionero se confiesa:

“Tales fueron las palabras de Cristo resucitado a sus discípulos reunidos para cenar. Y ahora cuando yo obedezco a este mandato, el rostro de Cristo se alza ante mis ojos. ¿Cómo aparece el rostro de Cristo? La Biblia pasa bajo silencio este punto. Sabéis bien que los primeros cristianos pensaron en Cristo como pastor. La capa corta, la túnica pequeña, una mano sosteniendo la pata del cordero, mientras la otra lleva el cayado¹³⁸ .

Esta figura es familiar en nuestra tierra, pues la vemos reflejada en mucha de la gente que conocemos¹³⁹ . Así es como los cristianos primitivos imaginaron el gentil rostro de Cristo. Por otro lado en la Iglesia Oriental hallamos la nariz grande, el pelo rizado y la barba negra. Todo ello fue creando un Cristo oriental, como muchos artistas medievales pintaron la faz de Cristo resplandeciente con

¹³⁸ Esta es en efecto la conocida imagen de las Catacumbas.

¹³⁹ En Portugal abundan los pastores de ovejas.

la autoridad de un rey. Incluso esta noche para mí, el rostro es ése, el de la pintura conservada en Borgo Santo Sepulcro¹⁴⁰ que todavía está fresca en mi memoria, desde cuando vi esa pintura por vez primera como seminarista. Cristo tiene un pie en el sepulcro y en su mano diestra sostiene una cruz. Mira hacia delante y su rostro muestra la expresión de aliento que tenía cuando ordenó a sus discípulos por tres veces: “Apacenta mis ovejas, apacenta mis ovejas, apacenta mis ovejas”. Es un rostro lleno de vigor y fuerza. Siento un gran amor por aquel rostro. Yo he estado siempre fascinado por el rostro de Cristo como el hombre fascinado por el rostro de su amada” (p. 46-47).

El texto es un magnífico testimonio de la cultura cristiana y occidental de Endo, pero además prepara el desarrollo de la obra haciéndonos ver la predilección del P. Sebastián por un Cristo resucitado y animoso que lanza a sus discípulos a la conquista del mundo.

Otra reflexión sobre el rostro de Cristo se halla en el capítulo cuarto. Nuestro personaje se halla solo recorriendo una isla desconocida, pues Garrpe ha salido hacia Hirado. Llega a unos charcos en los que se refleja su propio rostro cansado y hueco.

“No sé porqué, pero al momento pensé en el rostro de otro hombre crucificado, un rostro que durante siglos había dado inspiración a artistas. Este hombre ninguno de estos artistas había visto con sus propios ojos, aunque pintaron su rostro, el más puro, el más hermoso que ha suscitado las oraciones del hombre y ha correspondido con las más altas aspiraciones. Sin duda ese rostro real era más hermoso que ninguno de los que ellos habían imaginado. Sin embargo, el rostro reflejado es este charco de agua de lluvia era pesado, con barro y pelo hirsuto, era delgado y sucio, era el rostro de un hombre perseguido, cargado de malestar y cansancio” (p. 115-116).

El tono empieza a cambiar, aunque el recuerdo de la imaginería cristiana persiste. Ahora es ya el rostro del crucificado sugerido por su propio rostro exhausto. Sin embargo nuestro sacerdote inexplicablemente se pone a hacer muecas y a reír como un imbécil.

Nos parece una reacción algo pueril aunque explicable en alguien que está a un paso de caer preso. El Cristo de la pasión será cada vez más abundante.

Así, cuando ya Kichijiro lo ha alcanzado, y Rodrigues sospecha lo pero en medio del dolor de cabeza y la terrible sed, de nuevo aparece el recuerdo de Cristo:

“Me vino a la mente la terrible y dramática escena de la última cena cuando Cristo se volvió hacia Judas con estas palabras: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”...Qué emoción había llenado el pecho de Cristo cuando mandó salir al hombre que le iba a traicionar por 30 monedas de plata ¿Era rabia? ¿Era resentimiento? ¿O estas palabras nacieron del amor? Si fue la rabia entonces en

¹⁴⁰ Corta calle que hoy une vía Borgo Santo Spirito con la vía de la Conciliazione en Roma. En la novela consta la ida a Roma de cuatro misioneros en 1635, donde alrededor del P. Rubino planean la entrada clandestina en Japón para sostener la fe de los cristianos y expiar la apostasía de Ferreira (cf. p. 25). El segundo grupo de la novela, compuesto por nuestros hombres, aparece como estrictamente portugués y está compuesto por antiguos alumnos de Ferreira que quieren reivindicarlo. Endo ha retocado los hechos para construir su obra. Rodrigues pone a Roma entre sus recuerdos (Cf. p. 276).

ese momento Cristo excluyó de la salvación a este hombre solo entre todos los hombres del mundo, y así Nuestro Señor permitió que un hombre cayese en la condenación eterna.

Pero esto no puede haber sido así. Cristo quería salvar incluso a Judas. De lo contrario nunca lo habría hecho su discípulo. Y sin embargo, ¿por qué Cristo no lo paró cuando empezaba a resbalar fuera del camino recto? Es un problema que no he entendido incluso como seminarista” (p. 127).

Descartando posibles explicaciones y analogías, nuestro misionero continúa reflexionando de una manera cada vez más personal.

“Si no es blasfemo hablar así, tengo el presentimiento de que Judas no era más que el infortunado títere para la gloria de aquel drama que era la vida y la muerte de Cristo. “Lo que haces, hazlo pronto”.

Sin embargo, yo no podría decir estas palabras a Kachijiro: una razón era que yo quería proteger mi vida y otra que esperaba ardientemente que él no amontonase traición sobre traición” (p. 128).

Nos parece importante esa progresiva encarnación cristológica del P. Sebastián. El evangelio cobra vida con un realismo dramático y personal. La comparación entre Kachijiro y Judas será ya constante y sin duda cincelada por la pluma de Endo, así como la aproximación entre el protagonista y la figura de Cristo.

La siguiente reflexión sobre el rostrote Cristo se hace ya en la cárcel. Rodrigues está en su celda disfrutando de una relativa calma. Con un recio papel japonés y una cuerda de los guardias ha fabricado un rosario que recita durante el día. He aquí su meditación nocturna:

“Por la noche, mientras estaba echado en la cama con los ojos cerrados, escuchando el canto de la tórtola en los árboles, bajo sus párpados cerrados pasaba cada escena de la vida de Cristo. Desde la infancia el rostro de Cristo había sido para él la cumbre de todos sus sueños e ideales. El rostro de Cristo cuando predicaba el Sermón de la Montaña. El rostro de Cristo cuando cruzaba el lago de Galilea a pie enjuto. Hasta en los momentos de terrible tortura, este rostro no había perdido nunca su belleza. Aquellos dulces y claros ojos que penetraban el verdadero centro del ser humano estaban ahora fijos en él. El rostro que no podía dañar o proferir una palabra insultante. Cuando la visión de ese rostro vino ante él, miedo y temblor parecieron desvanecerse como los pequeños surcos son mansamente absorbidos por la arena de la playa” (p. 170).

Interesante este paréntesis meditativo en el que no hay referencias artísticas, ni alusiones a la pasión de Cristo. Nuestro sacerdote permanece fiel a sus vivencias infantiles.

Algo más adelante, nuestro sacerdote muestra cómo puede recitar con los otros fieles encarcelados el Credo, el Padrenuestro y el Avemaría, así como oír sus confesiones. Sólo celebrar misa es imposible. En su corazón ora para que una tal vida pueda continuar siempre y se pone a escribir pensando en Portugal.

Por la noche de nuevo reflexiona:

“...cuando se sentó en la oscuridad escuchando el canto de la tórtola en los árboles, sintió que el rostro de Cristo le miraba intensamente. Los ojos azules claros eran amables y compasivos; los rasgos tranquilos; era un rostro lleno de confianza. “Señor, tú no nos rechazarás en adelante”, murmuró, fijos los ojos en este rostro. Y entonces la respuesta pareció venir a sus oídos: “Yo no te

abandonaré”. Inclinando su cabeza, acució sus oídos para oír de nuevo aquella voz, pero lo único que pudo oír fue el canto de la tórtola. La oscuridad era ahora densa y negra. El sacerdote sintió por un instante que su corazón había sido purificado” (p. 174).

Se trataría de una consolación sensible muy apreciable. La llamamos sensible por los elementos visuales y auditivos que comporta y consolación por la experiencia de purificación que deja en el corazón de este sacerdote, que no tiene ahora con quien confesarse. El clima de confianza hace esperar un desenlace de completa fidelidad.

La noche después del encuentro con Inoue la meditación cristocéntrica vuelve a inundar el corazón del misionero encarcelado:

“Reposando su cabeza en el desnudo suelo, y escuchando el sonido de la lluvia, el sacerdote pensó en el hombre que había sido juzgado como él mismo. Fue en la mañana del 7 de abril que aquel hombre sin fuerzas había sido conducido cuesta abajo en Jerusalén. Los rayos de la aurora se extendían desde más allá del Mar Muerto bañando la cumbre de la montaña de un blanco dorado, el torrente de Cedrón balbucía dando su sonido fresco. Nadie le dio la posibilidad de descansar. Después que los escribas y ancianos hubieron pronunciado sentencia de muerte, fue necesario conseguir la aprobación de Pilatos, el gobernador romano. En su cuartel, no lejos del templo, Pilatos había oído las noticias y ahora estaba esperando.

Desde niño el sacerdote había memorizado todos los detalles de aquella decisiva mañana del 7 de abril. Aquel hombre era su perfecto ideal. Sus ojos, como los de toda víctima, estaban repletos de dolorosa resignación, cuando miró con reproche a la multitud que lo ridiculizaba y escupía. Y en aquella multitud estaba Judas ¿Por qué le había seguido más tarde? ¿le incitaba la pasión de la venganza por observar la destrucción final del hombre que había vendido? De todos modos, sea lo que fuere, ese caso era precisamente como el suyo. El había sido vendido por Kichijiro como Cristo había sido vendido por Judas; y como Cristo él era ahora juzgado por los poderosos de este mundo. Sí, su destino y el de Cristo eran completamente parecidos, y a este pensamiento en la lluviosa noche, una trémula sensación de alegría brotó en su pecho. Esta era la alegría del cristiano que agradece la verdad de estar unido al Hijo de Dios” (p. 202-203).

La descripción no puede ser más completa y profunda, desde el punto de vista espiritual. No se puede decir que haya orgullo, sino más bien agradecimiento en esa singular comunión con Jesús precisamente en sus sufrimientos. El paréntesis sobre Judas es también muy realista y respeta el misterio que envuelve al traidor. Todo haría esperar un final igualmente parecido. Pero Endo nos va conduciendo lentamente por los vericuetos del alma del misionero encarcelado.

Nótese que a menudo estas reflexiones centradas en Cristo ocurren de noche. A juzgar por este párrafo no se puede pensar que el P. Sebastián estuviese en desolación espiritual. Por otro lado, constata que hasta el presente no ha probado los padecimientos físicos de Cristo (azotes, clavos ...). Sin embargo juzga que eso no será imposible en el futuro.

Algunos días después de presenciar la muerte del P. Garrpe, el 13 de agosto, fiesta japonesa, cuando los guardias han bebido mucho sake, nuestro sacerdote reflexiona por la noche en el Huerto de los Olivos:

“En esa noche cuando los que conocía estaban profundamente dormidos, una ráfaga de intenso dolor le atravesó el pecho. Y pensó aún en otra noche. Sí, inclinado sobre el suelo ceniciento de Getsemaní, que estaba impregnado del

calor del día, solo y separado de sus discípulos que dormían, un hombre había dicho: “Mi alma está triste hasta morir” . Y su sudor había llegado a ser como gotas de sangre. Cientos de veces ello se le había aparecido en sueños, pero ¿por qué sólo ahora el rostro doliente y sudoroso le parecía tan alejado? Sin embargo, concentró toda su atención en la expresión sin fuerzas de aquellas mejillas” (p. 222).

A partir de este momento, la reflexión de Rodrigues sobre Getsemaní se adentra en el misterio del “silencio de Dios” que analizaremos en el apartado siguiente.

Más tarde, yendo al encuentro de Ferreira sin saberlo, nuestro cura piensa en Cristo ante Herodes, donde toda la escena le parece como pura formalidad (Cf. p. 226).

El P. Sebastián es conducido al último calabozo a través de las calles de Nagasaki a lomos de un famélico asno. Naturalmente el recuerdo del “Domingo de Ramos” de Cristo viene a su mente, así como la bienaventuranza que habla de la alegría en medio de las injurias e insultos (Mt 5, 10-11) (Cf. p. 249). También piensa en la multitud que rodeaba con odio el palacio de Pilatos, y le duele no amar ese pueblo que ahora le rodea a él, como Cristo lo había amado.

El misionero recuerda por un instante el canto de los cristianos japoneses caminando hacia el paraíso y reflexiona:

“Su único descanso y apoyo era pensar que otro hombre había probado también miedo y estremecimiento. Y además había el gozo de pensar que no estaba solo. En ese mismo mar, dos campesinos japoneses atados a estacas, habían sufrido el mismo suplicio durante un día entero yendo a lejano templo del Paraíso. De repente, su corazón se llenó de infinita alegría pensando que estaba unido a estos dos japoneses¹⁴¹, unido a Garpe, unido a aquel hombre clavado en la cruz. Y el rostro de aquel hombre le perseguía como un viviente, una vívida imagen. ¡El Cristo que sufre! ¡El Cristo paciente! Desde lo hondo de su corazón pidió que su propio rostro pudiera ser atraído cerca de aquel rostro” (p. 253).

De nuevo, una magnífica descripción de la experiencia cristocéntrica del P. Sebastián, unida además a una conciencia viva de la comunión de los santos. Nótese que se trata en primer lugar de mártires japoneses.

Henos por fin en la noche de la suprema intensidad espiritual. Nuestro sacerdote está en la antesala del juicio definitivo y acaba de descubrir esculpida en el calabozo la frase “Laudate Eum”. Veamos de nuevo su reflexión cristológica:

“Apoyando su cabeza en el muro, el sacerdote siguió su habitual costumbre de pensar en aquel hombre que amaba. Como un joven imagina el rostro de su amigo íntimo que está lejos, el sacerdote desde hacía mucho tiempo tenía la costumbre de imaginar el rostro de Cristo en sus momentos de soledad. Y no obstante desde que había sido arrestado – especialmente durante las noches de encarcelamiento en aquel bosquecillo cuando oía el susurro de las hojas – una sensación diferente llenaba su corazón cuando el rostro de aquel hombre aparecía bajo sus párpados cerrados¹⁴². Ahora, en la oscuridad, aquel rostro le parecía cercano, a su lado. Al principio estaba silencioso, pero luego le atravesó con una mirada llena de tristeza y entonces le pareció decirle: “Cuando tu sufres, yo sufro contigo. Hasta el fin estoy cerca de ti” (p. 255-256)

Nuestro comentario sólo puede resaltar la experiencia de confianza en Cristo que nuestro autor atribuye al sacerdote en estos supremos momentos de su vida.

¹⁴¹ Mokichi e Ichizo.

¹⁴² Se trata pues siempre de visiones internas imaginativas y nunca de apariciones propiamente dichas.

Nuevamente, todo contribuye a dar un sentido más trágico al desenlace de la obra. Nótese constantemente la espiritualidad del “rostro de Cristo” que Endo se complace en dibujar ante el lector como el fondo mismo del alma del misionero portugués.

Un poco más adelante, esta misma noche aparece la experiencia del terror, como una especie de “marea” interna que sube y baja. Su oración le lleva de nuevo a Getsemaní y al sudor de sangre de Jesús. No había consuelo sino el terror de la muerte (Cf. p. 258). La fugaz aparición de Kichijiro, pidiendo siempre la absolución, le recuerda como siempre la actitud de Cristo ante Judas. Pero después recordando las palabras del intérprete – “Ciertamente esta noche apostatarás” – nuestro sacerdote recuerda a Pedro y la profecía de sus negaciones, aunque la aurora estaba aún lejos. Rodrigues identifica a los discípulos dormidos y a los verdugos de la pasión con los guardias japoneses que le custodian durmiendo (Cf. p. 362).

Llegamos así a las últimas páginas del capítulo octavo, cuando el relato alcanza su clímax en el último supremo combate entre la confesión y la apostasía. Ferreira ha jugado a fondo su testimonio a favor de la compasión que acepta apostatar y nuestro sacerdote ora a Cristo de manera desgarradora:

“Señor, desde hace muchísimo tiempo, innumerables veces he pensado en tu rostro. Especialmente viniendo a este país lo he hecho decenas de veces. Cuando me iba escondiendo por los montes de Tomogi; cuando cruzaba el mar en el pequeño navío; cuando vagaba por las montañas; cuando yacía en la prisión de noche... En todas partes oraba a tu rostro aparecido ante mí; cuando estaba solo pensaba en tu rostro impartiendo una bendición; cuando fui capturado, tu rostro como aparecía cuando tú llevabas tu cruz, me dio vida. Este rostro está profundamente grabado en mi alma... la cosa más bonita, la más preciosa del mundo ha estado viva en mi corazón. Y ahora con este pie voy a pisotearla?” (p.270).

Es la suprema oración del sacerdote que recapitula su historia misionera y su acendrada devoción por el “rostro de Cristo”. La presión exterior – el intérprete, Ferreira, los gemidos de los cristianos – se hace insoportable y llega a hacerle titubear, pero agarra el “fumie” con sus manos y siente el deseo de estrechar contra su rostro aquel rostro pisoteado por tantos pies. Una lágrima asoma a sus ojos. De nuevo el intérprete insiste en que es una formalidad puramente exterior.

“El sacerdote levanta su pie. Siente una pena sorda y pesada. No es una mera formalidad. El pisoteará ahora lo que ha considerado como la cosa más bella de su vida, en lo que ha creído como lo más puro, lo que ha llenado sus ideales y sueños de hombre ¡Cómo le duele su pie! Y entonces el Cristo de bronce habla al sacerdote: “¡Pisotea, pisotea! Yo más que nadie conozco la pena de tu pie. ¡Pisotea! Es para ser pisoteado por los hombres que yo nací en este mundo. Es para compartir la pena de los hombres que yo cargué con mi cruz.”

El sacerdote puso su pie sobre el “fumie”. La aurora rompía y lejos en la distancia el gallo cantó” (p. 271).

Creemos que es el párrafo culminante de toda la novela. Tanto la expresión literaria, como el contenido ideológico alcanzan una profundidad únicas. Endo ha recogido en pocas frases toda la tragedia de los “mártires japoneses” y especialmente de los misioneros venidos a anunciar el Evangelio de Cristo y ha puesto en boca de este mismo Cristo un grito paradójico, como pidiendo ser de nuevo negado y escarnecido, como si tal gesto pudiera tener aún una significación salvífica. La evidente semejanza con el caso de Pedro, con el detalle del canto del gallo, nos puede ayudar a desentrañar el misterio de esa “voz” que pide la apostasía.

No podemos afirmar según el evangelio, que Cristo quiso positivamente la traición de Judas o las negaciones de Pedro. En ambos casos pronuncia una profecía a partir de su misterioso conocimiento del futuro, pero en ambos casos manifiesta su reprobación, lo cual es al mismo tiempo una afirmación de la responsabilidad de esos hombres y de sus actos.

Teológicamente ¿podríamos atribuir a Cristo estas palabras de instigación a apostatar? Desde el punto de vista de la espiritualidad ¿es posible hallar algún ejemplo parecido en la historia de los santos?

Aunque forzosamente desconocemos el misterio del corazón de los mártires, la posibilidad apuntada parece que ha de ser totalmente excluida y que por lo tanto no podríamos atribuir correctamente a Cristo esta especie de “voz” inspiradora de apostasía ¿Cómo puede el Espíritu Santo prometido por Cristo en los momentos supremos de juicio y persecución inclinar el creyente a renegar de su fe? (Cf. Lc 12, 11; Mt 10, 17-20).

No nos queda más que la interpretación psicológica: nuestro sacerdote cede interiormente a todas las presiones recibidas; o bien la interpretación espiritual: se trata de una instigación provocada por el espíritu de la mentira, “el que engaña y es padre de mentira” (Jn 8, 44).

Creemos que tal interpretación es correcta incluso en el ánimo del autor, puesto que la imagen que nos da del sacerdote después de apostatar, como lo era ya la del anciano Ferreira convertido en Sawano Chuan, no es en modo alguno la de una persona feliz y plenamente integrada, como sería de esperar si la apostasía fue por “obediencia” a la voz de Cristo.

Nuestro escritor dejará sin embargo una cierta ambigüedad existencial en sus descripciones finales del que se llamará Okada San'Emon.

En efecto veamos este párrafo en el que nuestro misionero recuerda los terribles momentos de su apostasía:

“El recuerdo de aquel “fumie”, una imagen ardiente, permanecía bajo sus párpados. El intérprete había colocado bajo sus pies la placa de madera. En ella había una lámina de cobre en la que la artesanía japonesa había gradado el rostro de aquel hombre. No obstante el rostro era diferente del que el sacerdote había contemplado a menudo en Portugal, en Roma, en Goa y en Macao. No era un Cristo cuyo rostro estuviese lleno de majestad y gloria, tampoco era el rostro repleto de fuerza de una voluntad que ha rechazado la tentación. El rostro del hombre que entonces yacía a sus pies era un rostro hundido y completamente exhausto¹⁴³.

Muchos japoneses lo habían ya pisado, de tal manera que la madera que rodeaba la placa estaba negra por las huellas de sus dedos, y el rostro mismo estaba cóncavo, gastado por el constante pisoteo. Era aquella cara cóncava la que había mirado al sacerdote en el dolor. En el dolor le había mirado fijamente mientras los ojos le decían llamándolo: ¡Pisa, pisa! Es para ser pisado por ti que estoy aquí” (p. 276).

Veamos cómo Endo se complace en el contraste de los “rostros” de Jesús. La primera serie corresponde al Cristo del arte y de la tradición evangélica. El último rostro es más el de un Cristo derrotado y que diríamos se complace en prolongar esa derrota de un modo casi masoquista.

¹⁴³ Indirectamente Endo nos está dando, como en un espejo, la imagen del rostro de Rodrigues en aquellos supremos momentos.

Junto con la llamada a liberar de la tortura a los pobres cristianos a través su apostasía, ¿no podríamos ver aquí la expresión de esa suprema actitud compasiva que parece caracterizar la espiritualidad del Extremo Oriente? Se trataría de una profunda y original comunión con el sufrimiento que libera del sufrimiento silenciosamente.

¿Sería exagerado rastrear aquí en el alma de Endo una posible realización de la mentalidad de Inoue y del Ferreira tardío, según el cual el japonés “transforma” la fe, la asimila a su atávica mentalidad budista? Sólo nos atrevemos a formular tal hipótesis, pues la formación cristiana de Endo y su deseo de fidelidad al cristianismo fueron todavía expresados en su lecho de muerte, cuando acogió con gozo los sacramentos que le administró el P. Johnston¹⁴⁴.

Por otro lado el caso de Ferreira y su discutido libro contra el cristianismo *Kengiroku*, sería el de una apostasía más radical, aunque no faltan testimonios de su última reconciliación con la fe cristiana y su muerte martirial¹⁴⁵.

Notemos que la voz de Cristo en el momento de pisar el “fumie” ha llegado hasta los oídos del mismo Inoue, por confidencia de Ferreira, a quien se lo habría dicho el mismo Rodrigues. Nuestro magistrado se muestra categórico al respecto: “Yo, Inoue, no puedo creer que esas sean verdaderamente palabras cristianas” (p. 292).

Por una última vez el “rostro de Cristo” aparece en nuestra novela de manera fugaz otra noche, cuando el sonido del viento le recuerda a Rodrigues el bosquecillo de su primera prisión: “Entonces, como siempre ocurría de noche, el rostro de Cristo se alzó en su corazón. Era el rostro del hombre que había pisoteado” (p. 296). Inmediatamente aparece Kichijiro que como siempre pide confesión, y vuelve a repetir que es débil, que ha pisoteado la imagen de Cristo y le ha traicionado. Nuestro hombre reflexiona:

“Yo también estuve ante la imagen sagrada. Por un momento este pie estuvo sobre su rostro. Estuvo sobre el rostro del hombre que había estado siempre en mis pensamientos, sobre el rostro que estaba ante mí en las montañas, en el caminar errante, en la cárcel, sobre el mejor y más bello rostro que hombre alguno pudo conocer jamás, sobre el rostro de aquel a quien yo siempre deseé amar. Incluso ahora aquel rostro me está mirando con ojos de compasión desde la lámina allanada por los frotamientos de tantos pies. ¡Pisa! Dijeron aquellos ojos compasivos. ¡Pisa! Tu pie sufre de dolor; ha de sufrir como los pies que han pisado esta lámina. Pero esta pena sola es suficiente. Yo entiendo tu pena y tu sufrimiento. Por esta razón estoy aquí” (p. 197).

Obsérvese de nuevo el tema de la compasión, esta vez en boca del mismo Cristo. El Señor del último Rodrigues sería pues un Jesús compasivo que prefiere ahorrar a su sacerdote sus sufrimientos y lo anima a dar el paso que lo liberará. Estamos pues sumergidos en una atmósfera de compasión, en la que la confesión y la muerte, como entrada en la vida eterna, ya no cuentan. Hay algo muy humano e inmediato que se interpone como urgente y necesario. Y a nuestro hombre le parece que finalmente Dios no calla, sino que le está hablando. Entremos pues en el tema del “silencio” que sin duda es el telón de fondo de toda la obra.

5.7 El silencio de Dios

¹⁴⁴ Cf. JOHNSTON W., *o.c.*, p. 111. En el apartado siguiente 5.7 “El silencio de Dios” veremos que según Endo, Rodrigues tiene al final otro concepto de Dios. (Ver el célebre ensayo de KAZOH KITAMORI, *Teología del dolor de Dios*, también japonés).

¹⁴⁵ Cf. “Ferreira Cristovao” en *Diccionario... o.c.* p. 1408.

No podemos olvidar que el título de nuestra novela es “Silencio” y que el tema está oportunamente diseminado a lo largo de sus páginas.

Se trata de un tema que ha llamado poderosamente la atención de la literatura existencial del siglo XX, y al que Charles Moeller dedicó el primero de sus volúmenes de su vasta obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*¹⁴⁶.

Después de nuestras largas disquisiciones sobre el ambiente, los hombres y la atractiva personalidad de nuestro joven jesuita, adentrémonos en este último aspecto, con el deseo de aclarar de algún modo el pensamiento profundo de su autor. Shusaku Endo ha pretendido realmente a través de su obra interrogarse sobre el cristianismo en Japón e incluso en el Asia entera¹⁴⁷.

Veamos una primera manera de abordar el tema. Estamos en el capítulo cuarto. La angustiada pregunta de Kachijiro – “¿Por qué Dios¹⁴⁸ Sama nos ha impuesto este sufrimiento? ¿Qué mal hemos hecho?” – resuena en el alma de Rodrigues:

“Supongo que debería echar fuera de mi cabeza esas insignificantes palabras de un cobarde, pero ¿por qué esa voz lastimera penetra mi alma, con el dolor de una afilada aguja? ¿Por qué Nuestro Señor ha impuesto esta tortura y esta persecución a estos pobres campesinos japoneses? No, Kachijiro estaba intentando expresar algo diferente, algo incluso más repugnante: el silencio de Dios. Han pasado ya 20 años desde que explotó la persecución¹⁴⁹, el negro suelo japonés ha sido colmado de lamentos de tantos cristianos; la roja sangre de sacerdotes ha manado profusamente; los muros de las iglesias han caído, y a pesar de este terrible y despiadado sacrificio ofrecido a El, Dios ha permanecido silencioso. Este era el problema latente bajo la cuestión lastimera de Kachijiro” (p. 96-97).

Nosotros creemos que esta manera de plantear el porqué de la persecución y su aparente falta de motivo razonable, recurriendo entonces al silencio de Dios, pertenece más bien a nuestro misionero.

Aunque desde el principio de la expedición todos saben que se trata de sostener en la clandestinidad la fe de un pueblo cristiano perseguido, la experiencia concreta de esta situación empieza a hacer mella en sus almas. Concretamente el P. Sebastián empieza a preguntarse por “el silencio de Dios”. ¿Qué tipo de palabras o signos podrían romper ese silencio?

Cuando Ichizo y Mokichi han muerto ya en el suplicio de la marea, nuestro misionero piensa en la eterna felicidad de los mártires, pero no olvida el triste canto japonés que ensalza el “templo del Paraíso” y da fuerzas a esos oprimidos campesinos. De nuevo surge la reflexión:

“¿Qué quiero decir? Yo mismo no lo comprendo de modo completo. Sólo que hoy, cuando por la gloria de Dios¹⁵⁰, Mokichi e Ichizo han gemido, sufrido y

¹⁴⁶ Madrid, Gredos, 1981 (8). Los autores analizados en ese tomo son: Camus, Gide, A. Huxley, Simone Weil, Graham Greene, Julián Green y Bernanos. Dada la estancia de Endo en Francia nos preguntamos si quizás tuvo contacto con esta obra.

¹⁴⁷ Su última novela *Deep River* está situada junto al Ganges, en India, donde aparece un joven sacerdote japonés marginado y las hermanas de Madre Teresa de Calcuta: siempre la compasión.

¹⁴⁸ Manera portuguesa de decir Dios que aparece a menudo en los labios de Kachijiro.

¹⁴⁹ La declaración de expulsión de los misioneros y el principio de la persecución general se sitúa en 1614, pero los grandes martirios masivos de cristianos ocurren en 1622 en Nagasaki y en 1623 en Tokio. A partir de entonces se suceden los edictos anticristianos. Nuestra novela se sitúa en 1643, cuando llega el segundo grupo de jesuitas del P. Rubino. En el texto de Endo se habla claramente de la rebelión de Shimabara (1637-38) como ya pasada, y de sus terribles consecuencias.

¹⁵⁰ Fórmula muy jesuita.

muerto, no puedo soportar el monótono sonido del mar oscuro mordiendo la playa. Detrás del deprimente silencio de este mar, el silencio de Dios...el sentimiento que mientras los hombres alzan sus voces angustiadas, Dios permanece con los brazos cruzados, silencioso” (p. 105).

Es un complemento del texto anterior. A la visión de pura fe y de esperanza de la eternidad feliz con el Señor se sobrepone este sentimiento de abandono ante la angustia y el sufrimiento de los suyos. Insinuamos: ¿le faltaría pues al Dios cristiano el sentido de la compasión?

Algo más adelante, cuando va huyendo solo por las montañas, la pregunta sobre el silencio de Dios se hace más grave.

“El silencio continuaba. “!No, no! Sacudí mi cabeza. Si Dios no existe, ¿cómo se puede soportar la monotonía del mar, su cruel ausencia de emoción? Desde lo más hondo de mis ser todavía otra voz se hizo oír como un silbido. Suponiendo que Dios no existe...

Fue una imaginación estremecedora. Si no existe, qué absurdo todo cuanto ocurre. Que absurdo drama las vidas de Mokichi e Ichizo, atados a la estaca y lavados por las olas. Y los misioneros que gastan tres años cruzando el mar para llegar a este país, qué ilusión es la suya. Yo mismo también, correteando aquí por estas desoladas montañas, qué situación más absurda. Arrancando hierba mientras avanzaba, la mastiqué con mis dientes, suprimiendo aquellos pensamientos nauseabundos de mi garganta. Desde luego, conocía bien que el mayor pecado contra Dios es la desesperación; pero el silencio de Dios era algo que no podía sondear. El Señor preservó al hombre justo cuando el pueblo impío estaba pereciendo a su alrededor. Lo hizo escapar cuando el fuego caía sobre las ciudades de la llanura¹⁵¹. Pero ahora cuando la tierra árida estaba ya emitiendo humo, mientras el fruto de los árboles todavía no era maduro, ciertamente habría debido decir una palabra a los cristianos.

Corrí, deslizándome por la pendiente. Siempre que iba despacio, el pensamiento torpe volvía burbujeando en mi conciencia, arrastrando un miedo horrible. Si consintiese a este pensamiento, entonces todo mi pasado hasta este día desaparecería en silencio” (p. 117-118).

Continuamos en la tónica de los textos anteriores. La historia que está viviendo – persecución, ejecuciones, huída solitaria – pone en crisis su historia precedente y con ella el sentido de Dios ¿Por qué parece no actuar en la historia?

Tal mentalidad, que tiene algo de Antiguo Testamento y contrasta con las imágenes gloriosas de su vida en el seminario, irá erosionando su corazón, aunque hemos de recordar que contemporáneamente están las visiones nocturnas del rostro de Cristo.

Cuando en el capítulo siguiente, el intérprete le cerciora de la apostasía de Ferreira, nuestro sacerdote se siente de nuevo acosado por una terrible angustia. No puede rechazar imágenes y palabras nauseabundas. Intenta rezar en latín la oración protectora de Completas, pero no puede tranquilizar su corazón agonizante. “Señor, ¿por qué estás silencioso? ¿Por qué estás siempre en silencio?” (p. 153).

Cuando al llegar a Yokose-no-Ura, contempla la antigua colonia cristiana, completamente arrasada, de nuevo su alma se ve inundada de acuciantes preguntas. “Hasta el pueblo construido para Ti ¿Tú lo has abandonado en sus cenizas? Hasta

¹⁵¹ Alusión a Sodoma y Gomorra y a la salvación de Abraham y su sobrino Lot. (Cf. Gn 19, 29).

cuando el pueblo es sacado de sus casas ¿no les das ánimos? ¿Te has quedado silencioso como la oscuridad que me rodea? ¿Por qué? Al menos dime porqué...” (p. 159).

Se siente más débil que Job, incapaz de soportar, pero su oración no encuentra más que el obstinado silencio de la oscuridad.

Otro atardecer, después de escuchar el Padrenuestro recitado por un grupo de cristianos encarcelados, nuestro hombre vuelve a pensar: “No nos dejes hacer en la tentación”. En aquellas voces rezando ¿no habría una nota de “pathos”, un tono lastimero? Pestañeando sus ojos hundido, el cura movió sus labios al unísono con aquella oración: “Pero Tú, nunca rompes el silencio” dijo. Tú no deberías estar siempre silencioso” (p. 171-172)¹⁵².

Después que el cristiano tuerto ha sido vilmente matado en la cárcel, mientras todo el entorno continúa igual – el patio, las cigarras, las moscas...- nuestro sacerdote se pregunta: “¿Puede haber algo más estúpido? ¿Era esto otro martirio? ¿Por qué estás silencioso? Aquí ese tuerto ha muerto por Ti. Tú debes saberlo. ¿Por qué continúa esta calma, esta calma de mediodía? (p. 194). Viene luego una comparación con los signos que acompañaron la muerte de Cristo¹⁵³.

Quizás haya aquí ciertos indicios claros de la crisis del sacerdote, como ya hemos indicado. Su imaginación juvenil está llena de imágenes gloriosas del martirio que le gustaría padecer: ser honrado, invocado, llamado santo¹⁵⁴. Obsérvese en este caso, la tranquilidad de la naturaleza que ignora todo martirio. De manera semejante el P. Sebastián reflexiona aún sobre el silencio del mar en un día lluvioso (Cf. p. 210).

Otra ocasión de constatar el silencio de Dios la tiene nuestro cura cuando de lejos contempla aquellos tres cristianos que parecen gusanos en cestos, a punto de ser engullidos por el mar, en presencia de Garrpe, que finalmente se une a ellos: “Tú estás callado ¿Hasta en este momento callas? ...Yo apostataría” (p. 216).

Presentimos lo que ciertamente ocurrirá.

En la cárcel de Nagaski, como hemos notado ya, no sólo recuerda la oración del Getsemaní, durante la noche, sino que vuelve obsesivamente a la imagen del silencio del mar, recordando los martirios que ha visto en él: “...y en todo ese tiempo, sobre el mar, Dios mantenía simplemente su inflexible silencio. “Eloi, Eloi, lama sabacthani!”. Con la memoria del mar plúmbeo, estas palabras repentinamente irrumpieron en su conciencia. “Eloi, Eloi, lama sabacthani”. Son las tres en punto de aquel Viernes; y desde la cruz esa voz clama hacia un cielo cubierto de oscuridad. El sacerdote siempre había pensado que aquellas palabras eran la oración de aquel hombre, no que ellas salían del terror ante el silencio de Dios” (p. 222).

Tenemos aquí una muy interesante conjunción del tema del silencio de Dios, que hasta ahora no tenía un contexto cristológico, con la meditación emocionada del grito de Cristo en la cruz¹⁵⁵. Cristo también experimentó el silencio de Dios, que en Endo nunca es llamado Padre. Los hechos evangélicos parecen sin embargo demostrar que no hubo respuesta, que Dios no se “compadecía” de Cristo, raramente llamado Hijo de Dios por Endo.

¹⁵² Ver también la página 173.

¹⁵³ Cf. *supra* 5.5.

¹⁵⁴ En 1622, la canonización de San Francisco Javier y toda la imagerie barroca que le siguió, fueron realmente triunfales. Nuestro misionero vive ese período eclesiástico.

¹⁵⁵ Recuérdese que este es el tema de fondo de Chiara Lubich y la espiritualidad de los “focolari” (Cf. *Il grido*, Roma, Citta Nuova, 2000).

Por un instante, mientras está ante Ferreira y observa el brillo de una lágrima en el ojo de ese hombre vestido con un negro kimono japonés, peinado a la japonesa, con nombre japonés, y sin embargo vivo, Rodrigues se pregunta: “Señor Tú estás aún callado! Tú mantienes todavía tu silencio profundo ante una vida como ésta!” (p. 233).

A lo largo del relato, el protagonista siempre parece esperar un signo, una intervención de Dios, que rompa el silencio. Tal “palabra” no llega nunca. Incluso cuando es trasladado a costas del burro, cuando su pensamiento vuela hacia la posible oración silenciosa de algún cristiano entre la multitud, el intérprete le dice con sarcasmo que algunos habían sido cristianos, pero que ahora se burlan de él y le demuestran que no son cristianos¹⁵⁶.

Llegamos así al supremo argumento de Ferreira para lograr la apostasía de Rodrigues. Se trata precisamente de la total ausencia de la acción divina: “Oré con toda mi fuerza, pero Dios no hizo nada... ¿Por qué –estos cristianos– han de sufrir de esta manera? Y mientras esto sucede, tú no haces nada por ellos y Dios tampoco hace nada” (p. 266).

“El sacerdote sacudió su cabeza con violencia, poniendo ambos dedos en su orejas. Pero la voz de Ferreira junto con el gruñido de los cristianos irrumpió implacablemente. Basta! Basta! Señor, es ahora que tienes que romper tu silencio. No debes quedarte callado. Demuestra que Tú eres justicia, que Tú eres bondad, que eres amor. Has de decir algo, para mostrar al mundo tu majestad” (p. *Ib.*).

Ya hemos aludido anteriormente a los gritos de la muchedumbre en el Calvario pidiendo que Cristo se salve a sí mismo, o que Dios demuestre que es el Rey de Israel y el Hijo de Dios (Mt 17, 39-44). Nada de esto ocurre. En nuestro caso la actitud del atormentado sacerdote se identifica con esa petición de un signo inequívoco y esplendoroso de la potencia y de la misericordia divina, ante el sufrimiento de los suyos. Actitud muy explicable y además sugerida pertinazmente por Ferreira.

La ausencia de tal “ruptura” del silencio divino nos parece plenamente evangélica y normalmente histórica. Las consecuencias de tal persistente silencio en el alma de Rodrigues son por el contrario la expresión de la debilidad humana y las “palabras del Cristo del “fúmie” un supremo subterfugio para terminar apostatando.

De todos modos, Endo quiere novelar la historia de apostasías reales, y por lo tanto su intención es de mostrar cómo tal decisión, contraria al espíritu misionero jesuita, fue posible en la terrible persecución japonesa del período Tokugawa, conducida por el magistrado Inoue.

Posiblemente, esas apostasías eran para él un problema personal. El P. Johnston nos cuenta que el jesuita que bautizó a Endo, el rector de la universidad de “Sophia”, el P. Herzog, alemán, dejó más tarde el sacerdocio y se casó con su secretaria. Esto pasaba en los años 50 y fue un terrible golpe para Endo. “El no lo pudo comprender, pero con el tiempo llegó a creer que Herzog tenía aún fe. Según Endo el orgulloso, casi arrogante sacerdote que lo había bautizado, había sufrido una *kenosis* y ahora era un hombre mejor, más humilde”¹⁵⁷. *Chinmoku*, Silencio en japonés, es quizás una apología de Endo a favor del apóstol de su conversión. Desde luego, no podemos descartar este personalísimo motivo en la redacción de la obra¹⁵⁸.

¹⁵⁶ El argumento no es totalmente válido. Los “kakure Kirisitan”, (cristianos ocultos) perseveran en la zona de Nagasaki hasta la nueva llegada de los misioneros en el siglo XIX. Cf. ELISON G., *o.c.*, p. 222 s.

¹⁵⁷ JOHNSTON W., *o.c.*, p. 109.

¹⁵⁸ El argumento a distancia posee una enorme actualidad, cuando el número de sacerdotes “apóstatas” de su ministerio se ha multiplicado en la Iglesia post-conciliar.

Volviendo a nuestro texto, subrayemos la frase final que formula de manera muy completa el sentimiento de Rodrigues a un paso de su apostasía: “Has de decir algo para *mostrar al mundo tu majestad*”.

Dios mostró esto en la Resurrección de Jesús, no en la liberación de su muerte en cruz.

Terminemos esta amplia recensión con un interesantísimo diálogo entre Jesús y Rodrigues, convertido en Okada San’emon:

“Señor, me dolió tu silencio. “Yo no callaba. Sufría junto a Ti”. Pero Tú dijiste a Judas de salir: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”. ¿Qué le ocurrió a Judas? “Yo no dije esto. Sólo te dije de pisar la lámina, así como dije a Judas de hacer lo que tenía que hacer. Pues Judas estaba angustiado como tú ahora”.

El había puesto su pie en la placa pegajosa de suciedad y sangre, sus cinco dedos habían aplastado el rostro del que amaba. Sin embargo, no podía entender la tremenda ola de alegría que le vino en aquel momento. No era ni fuerte ni débil. ¿Puede alguien decir que el débil no sufre más que el fuerte?” (p. 297-298).

Y después de absolver y despedir a “su” Judas, Kichijiro, con un gesto que sabe será considerado como sacrílego por sus compañeros sacerdotes, concluye:

“Pero aunque él los estaba traicionando, no traicionaba a su Señor. Lo amaba ahora de una manera diferente a la anterior. Todo lo sucedido hasta ese momento había sido necesario para llevarle a ese amor. “Incluso ahora soy el último sacerdote de este país. Pero nuestro Señor no estaba callado. Aunque hubiera estado en silencio, mi vida hasta este día habría hablado de El” (p. 298).

¿Tenemos aquí la explicación última del misterio de esta apostasía según Endo? Jesús se hizo presente, le “habló” sufriendo con él y liberándolo compasivamente de su insoportable dolor, y ahora, cuando todo sueño de glorioso martirio y de pomposa canonización han desaparecido, a través de sus gestos ministeriales, incluso canónicamente sacrílegos, Jesús se hace presente en Japón. El es el último sacerdote allí y su vida no deja de ser un testimonio.

Endo ha llevado la paradoja hasta el extremo con una mentalidad basada en la clásica doctrina del “*ex opere operato*” de los sacramentos. Rodrigues absuelve a Kichijiro: un apóstata a otro apóstata, ambos van a continuar sus vidas en ese “pantano” japonés que ha querido engullir totalmente el cristianismo hasta hacerlo desaparecer.

Los fragmentos del “Diario Oficial”, puestos en apéndice a la obra, dejan entrever oscuramente que hasta el final ambos soportan de alguna manera la sospecha de ser cristianos (p. 302-303), mientras otros son torturados y muertos. Tal noticia coincide con lo expresado por Ruiz-de-Medina J.: “De Chiara – nuestro Rodrigues – se sabe que durante su prolongada prisión de 41 años en Edo (Tokio) ejerció su apostolado instruyendo en la fe a sus carceleros, a los que luego bautizó el sacerdote diocesano Gianbattista Sidotti,... también mártir muerto en la misma cárcel en 1715”¹⁵⁹. De Rodrigues leemos en el “Diario Oficial” del Apéndice de Endo que fue acusado de intentar convertir a Kichijiro, aunque negó tal hecho, incluso firmando un papel (cf. p. 302-303).

¹⁵⁹ O.c., p. 257.

6 CONCLUSION

Iniciemos nuestras reflexiones conclusivas con unas sencillas comparaciones.

En la literatura católica inglesa del siglo XX poseemos una pieza de teatro muy celebrada, *El asesinato en la catedral* de T.S. Eliot, y una novela que ha merecido un gran aprecio en todo el mundo occidental, *El poder y la gloria* de Graham Greene.

Ambas obras tienen a un sacerdote como protagonista. Notemos simplemente que en el primer caso se trata de Santo Tomás Becket (+1170), arzobispo de Cantorbery, asesinado en la catedral por mandato del rey. En la obra de Eliot no faltan unas interesantes escenas en las que el antiguo canciller del reino, ahora arzobispo, sufre una serie de tentaciones ante la inminente amenaza de muerte. Su última homilía en la catedral; representa el triunfo espiritual del que será efectivamente asesinado por cuatro esbirros del monarca y canonizado por la Iglesia. Tenemos pues un caso de vida santa que termina en el martirio y la canonización.

La novela de Graham Greene nos traslada al ambiente de la persecución mexicana en tiempos de Calles, cuando especialmente en el estado de Tabasco las iglesias han sido arrasadas y el ejercicio del ministerio sacerdotal completamente prohibido. Un sacerdote, que queda en el anonimato, se decide a proseguir el apostolado sacerdotal de forma clandestina. Durante este período, en cierto modo heroico, nuestro cura abandona progresivamente sus deberes sacerdotales, la oración del breviario, y la casi imposible celebración de la misa, y va cediendo a las tentaciones más inmediatas, el alcohol y la carne, llegando a tener una hija en una aldea. Pero finalmente cae en la trampa tendida por los milicianos, es apresado, conducido a Villahermosa, encarcelado y fusilado. Sin poder confesarse, se prepara humildemente al acto final de su vida, y podemos decir que el cura, héroe en su ministerio fugitivo, pero pecador en su conducta moral, muere como un verdadero mártir.

En ambos casos tenemos pues un final glorioso. El lector queda reconfortado.

En el caso de *Silencio* de Shusaku Endo tenemos a un misionero, igualmente errante y clandestino, como el cura de Graham Greene, pero cuya lenta evolución descrita minuciosamente, conduce a la apostasía. Se trata pues de otro caso de existencia sacerdotal, en el que el desenlace final no aparece como pleno y heroico, sino más bien débil y deficiente. Ahí podría residir la originalidad de la obra en el panorama de los grandes escritos sobre sacerdotes en el siglo XX¹⁶⁰.

Desde la perspectiva de la *Historia* de las misiones en Japón diríamos en primer lugar que la obra ofrece, sobre todo al lector occidental, un cuadro vivo de la situación de la Iglesia católica en el país, después de unos momentos gloriosos alrededor de 1600, cuando el número de cristianos y de instituciones religiosas alcanzó un nivel notable.

¹⁶⁰ Con gran diversidad de enfoques y estilos podríamos recordar también al *San Manuel bueno y mártir*, de Unamuno, el *Diario de un cura rural*, de Bernardos, las increíbles aventuras del P. Brown de Chesterton, *El mundo, la carne y el P. Smith*, de Bruce Marshall y el humor simpático y profundo de Guareschi en sus novelas sobre Don Camilo. El mismo Graham Greene escribirá más tarde *Monseñor Quijote*. A partir de los 60, la novela sacerdotal decae rápidamente. Solamente *Mossen Tronxo*, de Josep M. Ballarin, nos parece plenamente en el surco de las anteriores. Algo más parecida a la obra de Endo sería *El pobre Cristo de Bomba*, de Mongo Beti (Camerún), donde su protagonista el misionero P. Drumont, después de 20 años en África, toma conciencia de su profundo fracaso en la evangelización y decide abandonar la misión y regresar a Francia.

De este modo, los nombres de los grandes jesuitas, empezando por San Francisco Javier, sus distintas posiciones – Cabral y Valignano – los mártires, no sólo jesuitas, sino también franciscanos, como Gabriel de la Magdalena o dominicos, la famosa rebelión de Shimabara y sus consecuencias desfilan ante los ojos del lector. La obra se sitúa pues alrededor de la segunda expedición animada por el P. Rubino y que llegó a Japón en 1643. El personaje clave, que es el P. Ferreira, es también un personaje histórico, aunque de difícil enjuiciamiento, sobre todo a propósito de sus últimas opciones.

Sin embargo, Endo no hace un trabajo de reconstrucción histórica en el sentido estricto de la palabra, e introduce variantes de gran interés para el desarrollo de su obra, pero imposibles desde el punto de vista cronológico. El caso más claro es el del P. Valignano, que habría preparado a nuestros misioneros en Macao en 1643, cuando Valignano había muerto ya en 1610.

La cronología del viaje y desembarco de nuestros dos misioneros parece también algo adelantada (1637-38) con respecto a la expedición que parece realmente inspirar la novela, o sea la llamada segunda de Rubino compuesta por Pedro Marques, Alfonso Arroyo, Francisco Cassola, Giuseppe Chiara y el hermano japonés Andrés Vieira, con otros cinco laicos¹⁶¹. Endo ha reducido el grupo a dos, y ha cambiado el nombre y la nacionalidad del italiano Giuseppe Chiara, haciéndolo portugués y llamándolo Sebastián Rodrigues.

Sobre un fondo histórico real en su marco japonés, con los nombres de los grandes personajes de la época¹⁶² y en sus representantes misioneros, Endo ha construido una verdadera obra personal de ficción literaria de una notable belleza artística, donde no faltan las bonitas descripciones de los parajes alrededor de Nagasaki y sus islas, así como de las costumbres japonesas en sus vestidos, alimentación y fiestas.

Personalmente nos preguntamos por el impacto que la obra haya podido producir en su país de origen. Creemos sinceramente que lejos de escandalizar, la historia de esta apostasía de un misionero contiene una tal cantidad de detalles de la vida de Cristo y de la práctica cristiana que indirectamente puede haber informado de manera amplia a un público japonés, sin duda ignorante de tantos aspectos del cristianismo¹⁶³. *Silencio* podría ser una especie de catequesis propedéutica para muchos japoneses, además de informarles detalladamente sobre la implacable persecución de los cristianos, una página oscura de su historia¹⁶⁴.

Desde la perspectiva de la *teología bíblica y sistemática*, nos parece que esta obra de Endo muestra un gran conocimiento del Jesús de los Evangelios Sinópticos¹⁶⁵, a través de las constantes reflexiones de un buen jesuita que no ha olvidado sus largos años de estudios eclesiásticos, no sólo bíblicos, sino también dogmáticos y morales.

En efecto, la manera como Rodrigues concibe y practica su sacerdocio misionero en forma clandestina, manifiesta una asimilación del modelo tridentino del ministerio, tal como la Compañía de Jesús lo ejerció por todas partes. Piénsese por ejemplo en la constante petición de “confesiones” y en el recuerdo de las oraciones básicas, así como

¹⁶¹ Cf. RUIZ-DE-MEDINA J. o.c., p. 256.

¹⁶² Nos referimos evidentemente a Hideyoshi, Ieyasu y sobre todo a Inoue, señor de Chikugo.

¹⁶³ Es posible que este trabajo sobre el impacto real que la novela causó en su primera publicación – 1966 – y su actualidad hasta hoy día haya sido realizado en el marco de la Universidad de Sophia (Tokio). En Europa, hay iniciativas recientes de difusión de la cultura oriental, como el film *El pequeño Buda*.

¹⁶⁴ El Japón parece reticente a admitir de manera pública los defectos o fallos de la propia historia, lo cual ha ocasionado polémicas, por ejemplo con China, aun en tiempos recientes.

¹⁶⁵ Notamos sin embargo, una menor influencia de Juan y sobre todo una práctica ausencia de Pablo, que nos parece una verdadera laguna.

de los himnos litúrgicos por parte del sacerdote. No dejamos de admirar la cultura católica de nuestro autor, que todo ello implica.

En algunos casos aparece una crisis de las categorías y raciocinios aprendidos, sobre todo los más escolásticos. No es de extrañar que de cuando en cuando Rodrigues pase a una reflexión existencial e intente abandonar esquemas escolares un tanto simplistas o rígidos.

Entrando en el análisis estrictamente objetivo de la evolución ideológica de nuestro protagonista no podemos dejar de expresar las críticas expresadas anteriormente. Nos parece bíblica y teológicamente imposible un Cristo que “apostata” o que incita a la apostasía, un Cristo que de alguna manera cede a la compasión ante los sufrimientos físicos y morales de sus discípulos. La última bienaventuranza (Mt 5, 10-12) y la clara afirmación de la confesión ante los hombres, como condición del reconocimiento ante el Padre (Mc 8, 38), nos dan el verdadero rostro de Cristo, capaz ciertamente de atravesar la noche de la soledad y el abandono, en medio de la más completa fidelidad a la misión encomendada por el Padre. La misma promesa de la asistencia del Espíritu Santo en el momento del juicio (Mt 10, 19-20), nos parece incompatible con la “voz” que aconseja “pisotear”, para prolongar de alguna manera la pasión de Cristo.

Constatamos sin embargo que el tema de la apostasía ha sido tratado de manera más bien expeditiva, como un caso de pecado contra la fe, a partir de la *Suma Teológica*¹⁶⁶ y a referencias a los casos de los primeros siglos cristianos¹⁶⁷. Quizás merecería una investigación histórica más detenida, alrededor de los grandes períodos de persecuciones¹⁶⁸, y también una reflexión teológica más profunda.

Desde el punto de vista de la *Moral*, el P. Juan Ruiz-de-Medina, historiador exhaustivo del martirologio japonés, escribe:

“La fuerza de los tormentos, sádicamente calculada desde 1613 por los sayones para no causar la muerte sino la apostasía, aunque fuera sólo formularia, trastornaba la mente y la voluntad de las víctimas de tal modo que los eximía de toda responsabilidad moral, o al menos la reducía de forma sustancial. Por eso se puede defender la tesis de que la mayoría de los *koronda* a consecuencia del tormento no fueron apóstatas formales. En nuestra opinión y en la de moralistas acreditados, la mera amenaza del suplicio, unida al espectáculo estremecedor de otras víctimas atormentadas en su presencia es suficiente para que consideremos el hecho no como “acto humano” en términos filosóficos, sino como una reacción “animal” intuitiva, libre de reato moral.

Si es admirable la predisposición y la capacidad de sufrimiento de los miles de mártires que aceptaron tormentos imposibles de soportar sin una fuerza sobrehumana, no lo es menos la gallardía de los que – tras una debilidad comprensible que los llevó a negar de palabra la fe – reaccionaron de manera heroica compareciendo *motu proprio* ante las autoridades para culminar el

¹⁶⁶ IIa-IIae, q. 12. Ver también la q. 124 sobre el martirio.

¹⁶⁷ Como en la obra de Gustavo Bardy sobre la *Conversión au chrsitanisme durant les premiers siecles*, Aubier, Paris, 1949.

¹⁶⁸ Pensamos por ejemplo, no sólo en las persecuciones romanas, donde no faltaron apostasías, sino también en los cautivos del Islam en el Mediterráneo durante siglos, en los casos de persecución en países protestantes y más tarde en las revoluciones y guerras civiles de carácter anticristiano (Francia, México, España, Alemania, Rusia.. y en Oriente en Japón, China, Vietnam, Corea...). El caso tiene también su actualidad en el Sahel, donde domina ampliamente el Islam y por motivos matrimoniales no es raro que haya apostasías sobre todo femeninas.

sacrificio final de su vida, a veces el mismo día en que habían tenido la debilidad de ceder al terror. El elenco de los mártires incluye no pocos de estos *koronda* arrepentidos”¹⁶⁹.

No es necesario añadir nada a este comentario autorizado de alguien que ha investigado profundamente el tema.

Desde el punto de vista de la *espiritualidad* nos gustaría proseguir algunas observaciones realizadas a lo largo de nuestra lectura de *Silencio*.

En primer lugar resaltemos la acendrada devoción de Rodrigues por “el rostro” de Cristo, de “aquel hombre”, que le viene al corazón en tantas noches de su itinerario misionero. Observemos la familiaridad y precisión de detalles al recordar su vida, y sobre todo su pasión por aquel 7 de abril, con una insistencia particular sobre el papel de Judas, vivido por Rodrigues a través de Kichijiro.

Hay pues una especie de imitación, casi diríamos de identificación con Cristo, del todo admirables. Notemos también que normalmente podemos calificar esos recuerdos de visiones interiores del rostro de Cristo como “consolaciones”, en el lenguaje ignaciano.

Por otro lado tenemos una creciente conciencia sorprendida y atormentada por “el silencio de Dios”, comparado muchas veces a la indiferencia de la naturaleza – el mar, el viento, el bosque, las cigarras... - ante los acontecimientos trágicos de la persecución, sus suplicios y sus muertos. Son momentos de oscuridad, de “desolación”. Parece además que el espíritu de Rodrigues se rebela y casi exige una intervención fulgurante de Dios. Algo que se une a la mentalidad gloriosa del martirio, que él ha recibido de su piedad un tanto barroca, o si se quiere de la contra-reforma triunfante.

Creemos que la conjunción de esas dos líneas, el rostro de Cristo y el silencio de Dios, la consolación y la desolación, no acaban de encontrar la síntesis cristológica y espiritual, como aparece en algunos santos¹⁷⁰, y que ha tenido su formulación teológica en las “noches” activas y pasivas de San Juan de la Cruz. A imagen del Cristo de Getsemaní y del Calvario, con su desgarrador recuerdo del Salmo 21, los místicos han captado y vivido la radical purificación que conduce a la unión y finalmente al horizonte eterno y resucitado.

En nuestro caso en cambio, la “noche”, la oscuridad del “silencio”, conduce a la negación, a la apostasía, se diría que por compasión: será la manera de liberar de los tormentos a esos pobres campesinos cristianos, será la manifestación del amor de Cristo, que pisoteado por el apóstata, lo liberará del suplicio.

Endo tenía que explicar apostasías reales – Giuseppe Chiara – y lo hace con el recurso a una suprema paradoja: la apostasía puede ser sugerida por el mismo compasivo Cristo.

Aquí es donde me parece ver una reminiscencia de ese fondo de inspiración budista, donde la salvación humana se halla en la supresión de todo dolor. De este modo la “compasión” vencería la “confesión” y la serenidad terrena, la tensión escatológica.

La visión beatífica cristiana y la final resurrección gloriosa constituyen la originalidad del mensaje de Cristo, que ha sido ya realizada en su Misterio Pascual, y se ofrece ahora a todo hombre para ser aceptada en la fe, por la gracia del Espíritu Santo.

Dicho esto no podemos dejar de admirar la obra de Endo y su quizás deliberada apología del “débil”, pues nos parece que al final, el orgulloso misionero portugués y el

¹⁶⁹ *Idem*, o.c., p. 826.

¹⁷⁰ Pienso en la tentación de ateísmo de Teresa de Lisieux en su lecho de muerte, o en la terrible oscuridad de Teresa de Calcuta, en medio de su total entrega a los pobres.

despreciable campesino nipón – Rodrigues y Kachijiro – se hallan unidos por la misma radical debilidad ante el suplicio y por la misma latente convicción cristiana que aflora de manera perceptible en el final de la novela. Habría pues una paradójica presencia de Cristo en sus discípulos débiles que de alguna manera lo hacen presente.

Pero más allá de esta consideración de los personajes de la novela, está la gran pregunta sobre el Japón y su posible o imposible evangelización y conversión.

Aquí sin duda tocamos otro de los aspectos de *Silencio* y de las preocupaciones profundas de este católico, algo conflictivo o marginado, pero profundamente creyente que fue Shusaku Endo.

Según los historiadores, Japón ha tenido tres grandes momentos de “conversión”.

El primero sería con Javier y sus sucesores. Fue “el siglo cristiano”, que terminó brutalmente alrededor de 1650, después de una larga y sangrienta persecución. El segundo fue en el siglo XIX, con la restauración Meiji, sobre todo a partir del decreto de libertad religiosa en 1889. Hubo conversiones, pero los resultados no fueron espectaculares, y se reparten entre católicos y protestantes. El tercero fue después de la gran derrota del 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando pareció que el orgullo japonés y toda su capacidad de resistencia cultural se hundían definitivamente bajo la dominación americana y la imposición de una constitución democrática de corte occidental. Cantidad de misioneros invadieron el país, no faltaron bautismos, pero los resultados globales y la perseverancia han resultado también insignificantes.

¿Es pues Japón ese “pantano” inaccesible al cristianismo? La sangre de tantos mártires ¿no ha logrado abrir brecha en los corazones? ¿Se puede ser verdaderamente católico y verdaderamente japonés? Nuestra novela no responde de manera explícita, pero es sin duda un estímulo acuciante a plantearse la evangelización de un país enormemente culto y moderno en su economía y en su técnica, pero obstinadamente cerrado en su cultura ancestral, que le hace rechazar quizás una fe cuyo sello extranjero parece inevitable. Aquí tendríamos pues abierta la gran cuestión actual de la inculturación japonesa y asiática del mensaje cristiano en todos sus aspectos y tal es también la reflexión del P. William Johnston cuando está traduciendo *Chinmoku – Silencio* – al inglés.

Calasanz Formation House
New Manila, Filipinas